

AÑO 4 - NÚMERO 7

Enero 2024

FICCIONALES



**UNIVERSOS DEL BOOM
LATINOAMERICANO**

Revista
de creación
Narrativa y poesía

Contenido

5 Presentación

Universo Julio Cortázar

7 Aliado de los tristes

8 La siesta

11 Cerebro fresco

17 El universo continuó expandiéndose

22 Chao

25 Escribir un cuento en vacaciones

32 Hard bop

42 Conducta en los velorios virtuales

46 Un llamado desde Montevideo

50 La espontaneidad de la gota

54 Reflejos rotos

63 A bailar donde suceda

70 Los viajes del Grandísimo Cronopio Mayor

74 La maldición

76 Continuidad de los latidos

- 83 Los albatros mueren en el cielo
91 Pasajeros
97 La tarde boca abajo
102 Faraón y esclavo
106 La casa abandonada
113 Rayuela

Universo Carlos Fuentes

- 116 Las páginas son fuentes del mundo

Universo García Márquez

- 118 De manos negras, caricias blancas
120 Malicia Eréndira
122 Sinfonía de la espera en el rincón del Coronel
124 El escriba
125 Marítimas
126 La pea de Gabo
129 El viejo que soñó ser joven
132 Shuri
137 La niña de los ojos color vino
142 En el claro
152 Macondo en el corazón del nevado

- 155 Inspiración
161 El día en que conocí al Caimán de Sanare
167 Mi chato, mi ángel guardián
169 Naufragio
177 Monstruos en la pared

Universo Vargas Llosa

- 182 María

Presentación

Comencé la presentación del número anterior de la revista Ficcionales diciendo que había sido, hasta ese momento, la de mayor extensión. Bueno, volvimos a romper el record. La edición 7 se convierte ahora en la que mayor número de páginas contiene.

Este número esta dedicado a los cuatro escritores fundamentales del boom latinoamericano. De esta forma, la séptima edición de Ficcionales reúne cuentos y poemas inspirados en: Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa.

Sigan leyendo, escribiendo y disfrutando.

Luigi Ancajima

Lima, Perú, enero del 2024

Universo
Julio
Cortázar

Aliado de los tristes

Antonio Ramírez Córdova
Puerto Rico

Tú,
en la otra orilla poeta amigo.

En esta,
tu escritura viajera hacia lo eterno.
Tu consecuente fidelidad
a los clamores de un jazz,
de un tango de Gardel,
de una flor amarilla,
de un *jab*, de un *uppercut*.

Aliado de los tristes
y del sonido alucinante de un saxofón.
Enamorado de París y Buenos Aires,
como de las viejas vitrolas.

En tu Rayuela,
una visión del mundo, la de un mago.

La siesta

Sergio Noriega Vivanco
México

Estará usted de acuerdo en que todos tenemos la necesidad de dormir cada tanto una profunda y placentera siesta, pero hay quienes lo hacen de tal manera que no consiguen descansar y esto quizás se deba a que se entregan a los brazos de Morfeo de forma incorrecta.

Para dormir bien, es necesario, previamente haber trabajado sin parar, una jornada de diez horas en una oficina en donde cada uno de los empleados tenga presente que solo es parte del mobiliario y sin olvidar en ningún momento que puede ser despedido sin retribución alguna. Pasadas esas largas y fastidiosas horas de trabajo en donde usted solo se dedica a repetir una y otra vez la misma rutina y se sienta lo suficientemente cansado y con un gran desánimo por la vida, tome sus pertenencias y salga de ese lugar para dirigirse a la parada del autobús, y mientras espera la ruta que lo llevará a su casa, recuerde que allí en su hogar le aguarda la soledad, los ruidos de los vecinos, la cama cuyas deformaciones hechas por el tiempo, torturará su espalda,

el televisor que falla cada tanto y el rugir del viejo refrigerador casi vacío. Cuando vea que el camión se aproxima, levante su brazo derecho como si señalara algo frente a usted, espere a que el vehículo se detenga casi por completo y suba a él, escalón por escalón, pague al chofer con el dinero exacto, de lo contrario, podría ser adornado con una serie de frases folclóricas por parte del conductor, camine desoladamente por el pasillo hasta encontrar un asiento pegado a la ventana, del lado en que el sol le acompañe durante todo su trayecto y, para conseguir un mejor resultado, de preferencia que sea junto a un persona que por sus dimensiones corporales termine invadiendo un poco el lugar donde usted irá. Al encontrar ese asiento idóneo, colóquese cerca del pasajero y pídale permiso para pasar, sabrá usted que va por buen camino si esa persona hace una mueca de desagrado al momento de girar para cederle el paso. Una vez en el lugar, déjese caer como si no pudiera más, gire levemente su cabeza hacia la ventana y mantenga su mirada hacia el exterior, contemple el desolador pavimento sobre el que transita, no olvide de percatarse cada tanto de la falta de aire y del calor abrasador, ingredientes importantes para contribuir a la somnolencia. Al paso de algunos minutos, notará usted que su cabeza comienza a caer en dirección hacia la ventana, es

normal que pretenda evitarlo las primeras veces, lo recomendable es que desista y repose su cabeza en el cristal dejando que sus párpados se cierren, piérdase por completo en el mundo de la inconsciencia hasta que la melodiosa voz del chofer lo despierte indicándole que ha llegado hasta la última parada. La desorientación que usted sentirá en ese momento será la fiel prueba de que ha dormido profunda y correctamente. Se recomienda que repita el proceso al menos una vez por semana.

Cerebro fresco

Emmanuel González
México

La noche fue pesada, las paredes a mi alrededor se estrecharon, el techo descendió y la oscuridad se escabulló por la ventana para tensar mis pulmones con su negrura; estaba soñando que un científico loco me capturó cuando salía del gimnasio, a unos cuantos pasos para llegar a mi auto él se acercó a mí y me inyectó alguna sustancia que me hizo desvanecer, me llevó a su laboratorio y me tendió sobre una mesa de exploración, yo me volvía consciente, torpes movimientos tumbaron parte del instrumental que descansaba gélido a mi costado, unos amarres se tensaron sobre mi tronco y la respiración me fue dejando, una nueva inyección me hizo entrar en un estado de somnolencia, lo último que vi antes de dormir fue una pequeña sierra acercándose a mi cabeza.

Entré a la ducha y me deshice de las horas de sueño pesado que me hicieron sudar torrenciales amargos y de los líquidos gástricos que bañaron mi torso, salí del cuarto de baño y me vestí, salí un poco tarde de casa, si el tráfico me lo permitía estaría llegando puntual para la primera cirugía del día, tomé mi instrumental y me dirigí a la clínica, treinta minutos después me encontraba sin retrasos para comenzar.

Después de lavarme y ponerme los guantes quirúrgicos, vino a mi mente de nuevo el sueño de anoche, un dolor de cabeza me incomodó, escuché el sonido de la sierra eléctrica muy cerca, recuerdo que recobré el conocimiento y observé a mi alrededor. Me encontraba solo, pude inspeccionar el lugar con la vista, vi tendido mi cuerpo donde mismo, solo que esta vez la imagen era algo grotesca, el cuero cabelludo se encontraba cercenado y retraído de tal manera que cubría mi cara, podía ver el hueco vacío donde se suponía que se encontraba mi cerebro, y a unos cuantos pasos, un recipiente con un líquido verdoso transparente, en él reposaba mi cerebro conectado a un sinfín de cables, los cuales salían del recipiente y se insertaban en una computadora; seguí observando a mi alrededor, a pesar que mi práctica diaria me permitía estar íntimamente relacionado con los avances científicos de vanguardia en el ámbito de la medicina, el quirófano que me mantenía recluido parecía parte de un película de ciencia ficción, había aparatos los cuales no podía ni siquiera imaginarme el uso para el cual fueron creados.

Regresé a mi presente y sin saber cómo sucedió, me encontraba cerrando la herida en el abdomen del paciente, fue tal mi desconcierto que miré el reloj colgado a mi izquierda, habían transcurrido dos horas desde que empecé la cirugía, ni siquiera recordaba el momento en que abrí ese abdomen, no supe que pensar, ¿en qué mo-

mento sucedió?, mis colegas parecían no haberlo notado, platicaban como de costumbre, la única fue mi enfermera asistente, en menos de diez segundos ya había utilizado una docena de gasas para limpiarme el sudor que escurría por mi frente. «¿Se encuentra usted bien?», me preguntó. «Por supuesto», mentí, una frase burda que no decía nada pero que le fue suficiente para ahorrarse el interrogatorio.

Volví a mi sueño.

El científico entró y se acercó a mi cerebro, se colocó un guante especial y tomó una pinza metálica, la sumergió en el extraño líquido y llegó hasta la materia gris, abrió lentamente y después cerró en el tejido neuronal, un dolor inimaginable recorrió mi cuerpo, un sueño demasiado vívido, en ese momento comprendí el porqué de mi sudor tan abundante durante la noche, jamás había experimentado un dolor semejante estando consciente.

«Fue todo por hoy colega, que tengas una buena tarde», me dijo Carlos colocando su mano sobre mi hombro, sin duda, algo extraño estaba sucediendo, miré mi cuerpo y descubrí que me encontraba vestido con la misma ropa con la que llegué al hospital, observé la hora en mi reloj de pulsera y faltaban quince para las cinco de la tarde, «el culpable fue ese sueño que tuve, no me permitió descansar lo debido», pensé y me dirigí a mi auto.

Entraron dos personas más y se llevaron mi cuerpo vacío, yo lo podía ver todo, era como si el techo de aquel lugar fueran mis ojos; el científico se acercó a la computadora y comenzó a teclear, el agua que contenía mi cerebro se movió como si tuviera vida propia, pude sentir el pequeño oleaje que ocasionaba el movimiento, sentía ganas de volver el estómago, «en realidad lo volví», me dije. Escuché al científico decir que la fase uno del dolor había concluido con éxito, unos minutos más iniciaría con la fase dos, fue entonces cuando desperté, no hubiera sabido qué hacer de haber permanecido más tiempo en ese sueño, de seguir soportando las torturas que me ocasionaba.

El semáforo se puso en siga, metí la primera velocidad de mi auto y seguí mi trayecto, un camión de pasajeros se impactó en mi lateral derecha, di tres vueltas y mi mano quedó prensada a un lado del asiento, la sangre nubló mi vista y perdí el conocimiento, desperté en el hospital y unos minutos después volví a dormir.

Reanudé mi sueño de la noche pasada.

El científico se acercó al contenedor de mi cerebro y añadió un polvo al líquido, el color se tornó rojizo, dos minutos después comencé a experimentar calambres en mi cabeza, calambres que de haber tenido ojos me los hubieran hecho explotar. El agotamiento me derrumbó, no supe que fue lo siguiente que hizo el científico, desperté en mi cama de hospital.

Intenté mover mis manos pero me fue imposible, miré mi cuerpo y me di cuenta que una férula las aprisionaba, escuché a una enfermera que le avisaba al doctor que me atendió que yo había despertado, este se acercó a mí y muy amablemente me detalló la intervención que me hizo, hasta el momento sus palabras parecían vanas, sin sentido, hasta que escuché la palabra amputar, mis ojos se crisparon y mis oídos hicieron su parte, «amputación de la mano derecha», esa frase parecía irreal, salida de un cuento, de una historia de Poe, mis manos eran mi todo, mi trabajo, mi vida, intenté mover mis dedos pero me fue imposible, en mi mano izquierda sufrí múltiples fracturas, por lo cual la habían inmovilizado con tornillos para que se recuperara, pero la otra mano no tenía solución, se había ido, volví a dormir.

«Fase tres de tolerancia al dolor dará inicio en un par de minutos», escuché estas palabras salir de la boca del científico, ¿cuál era el significado de este sueño?, ya me tenía hartado, después de experimentar el dolor descansa un poco, no creí que hubiera una escala tan dolorosa, el dolor aumentaba sin consideración, pasaron varias horas y yo seguía en el sueño, deseaba regresar a mi realidad, pero por alguna extraña e incomprensible razón no podía, el sueño me parecía eterno.

El ciclo se volvió a repetir, «fase cuatro de tolerancia al dolor dará inicio en un par de minutos», escuché nueva-

mente, el sufrimiento que experimentaba no se lo hubiera deseado a nadie, lo que más deseaba en ese momento a pesar de mi actual situación era regresar a la cama del hospital.

«Fase cinco de tolerancia al dolor dará inicio en un par de minutos»

«Fase seis de tolerancia al dolor dará inicio...»

Las fases fueron aumentando, y después de la décima fase comprendí que mi sueño era mi realidad, jamás fui un cirujano, jamás estuve en una cama de hospital, jamás me amputaron una mano; mi cerebro se mantenía en el recipiente, sin esperanza de salir, fresco y vulnerable para seguir experimentando con él.

El universo continuó expandiéndose

Víctor Lowenstein
Argentina

El universo continuó expandiéndose, en líneas concéntricas que se dilataban velozmente formando polígonos de incontables caras. La energía fluía demasiado a prisa desde su centro invisible, delatado en lo bajo de una constelación como un trueno efímero, que oscureció de golpe la luminaria que lo alimentaba. Fuera de su matriz, que desaparecía en destellos moribundos, las realidades abortadas se seguían expandiendo al infinito. Algo como un terror elemental se apoderó de la forma más alejada, la que tocaba enfrentar al espacio frontalmente.

Temblaba ante la nada helada y su miedo se proyectaba hacia su centro, hacia las nuevas líneas, que heredaban ese temor ancestral. Era la forma primera; la más antigua, la primigenia. Su piel comenzaba a retemblar por los costados; las partes débiles. Ruidos a quebradura de cristal se escucharon en alguna zona de la periferia, y el llamado de auxilio fue una ráfaga de luz disparada hacia adentro, que se aferró a la forma de más abajo, y esta a la que le seguía,

uniendo toda la serie en una espiral que amalgamaba, en su desesperación, el último suspiro de una estrella; el vagido nocturno de un recuerdo sin nacer.

El anciano se desperezó; extendió los brazos conjurando la inmovilidad. No era la primera vez que se dormía sentado en su silla. Sí, sabía que sus viejos huesos acusarían todo el día venidero las quejas del maltrato; ¿qué podía hacer? No era culpa suya, se había quedado dormido leyendo el libro que ahora yacía a sus pies. Era de día ya; inútil lamentarse. Bostezó, largamente. Restregó los párpados, pegajosos, espantándose en el instante en que un trueno dentro de su cabeza hizo explotar uno de sus ojos.

Las formas comenzaron a decaer unas sobre otras. Las caras o facetas de las mayores se apretujaban contra las que les seguían un poco por debajo. Las frotaciones entre unas y otras provocaban una fricción constante que recordaba el crujir del cristal de un espejo al romperse. Mas, La Forma era ya un único organismo y sus caras, planos de realidades posibles. Se expandían, se deformaban y contraían en nerviosos disparos de luz radiante para rehacerse al momento. La sabiduría interna jugaba con todas las alternativas de lo posible: las realidades existían, pero no les era dado morir sino con el esfuerzo de

la Voluntad que las supo engendrar. No obstante, no era ese el propósito. La Forma logró su supervivencia más allá de la materia física. Fue protoplasma recreando su esencia de imágenes, y perdiendo muchas de ellas también, seguramente, pero sin peligro de morir.

Los crujidos se escucharon algunos siglos más todavía, alterando el sistema nervioso del organismo, que aprendía así a sobrevivir, atento a su mismidad. Cuando culminaron los últimos zozobres, hubo el deseo de expeler algo como un grito de júbilo...destinado a perderse en la nada sideral.

Aproximó el rostro al espejo del lavatorio con la actitud del pecador que se adentra en el confesionario. La superficie plateada estaba agrisada de polvo y en los bordes, sujetos con tela adhesiva medio despegada y ennegrecida por el lado del emplasto, permanecían fijos vellones de telarañas con hebras sueltas que flotaban tristemente en el aire. Jacobo miró con resignación su vieja cara, en la que no parecía haberse provocado mayores daños. Aspiró el aire, que olía a trementina y dentífrico. Acercó la cabeza para hacer un examen minucioso. Con un dedo deslizó hacia abajo la piel del párpado izquierdo. Giró la pupila en todas direcciones. El globo ocular estaba

bien; un poco enrojecido, nada más. Lo había presionado demasiado al restregarse los ojos. Eso era todo.

Fijó luego su atención en los arcos superciliares, donde comprobó que ya casi no tenía cejas. Unas finas pelusas eran todo lo que quedaba de ellas. La piel de toda su cara estaba mucho más pálida que años antes. Se toqueteó las mejillas, la frente, las sienes, donde se habían reventado algunas venas capilares. El espejo le devolvió también su propio aliento fétido, y el anciano cerró sus ojos.

Luego de algunos milenios La Forma alcanzó a estabilizarse por completo. La espiral ya no existía de manera visible pero sus cuerpos, equilibrados finalmente, equidistaban en un reposo cercano a la inmovilidad. Las realidades convivían interpenetrándose muy a menudo; reviviendo episodios históricos de una época a otra; de un universo al siguiente. Las criaturas que habitaban esos mundos asistían esas extraordinarias representaciones sin notar la monotonía del acto repetido. La Forma superior se ofuscaba o reía, harta o perpleja al advertir la idiotez de los animalillos inteligentes que no aprendían la lección de su propia historia cíclica. Había él presenciado esa función, esa película, millares de veces. Con distintos actores; en escenarios disímiles, bajo

otros cielos y sobre tierras vegetales tras campos magnéticos, o ante increadas dimensiones.

Siempre era igual. Su fastidio llevaba eones y, en el centro incognoscible de su ser fermentaba y se hacía furia, rabia, odio hacia toda manifestación de esa vida química de tan latosa lentitud...y el universo continuó expandiéndose...

Chao

Alejo Tomas Ambrini
Argentina

Los únicos informados de su existencia éramos mamá y yo, Francisco también. Pero unos meses atrás él se había mudado a un departamento que le había prestado la patrona de mamá, Norma, en la zona de Caballito, le quedaba mucho más cerca y mucho más cómodo para ir a la facultad de Psicología. Al principio nos costó estar sin su presencia, ya que él se encargaba de detalles minuciosos cotidianos de los que nosotros no teníamos ni la menor idea, mamá trabajaba todo el día por aquel entonces y yo era chico. Tenía catorce años, la memoria es tramposa, quizás unos quince, pero fue aquella época que vi a Chao por primera vez entrar por la ventana. Por la ventana de la cocina, la que da parque. Se movía en forma pausada, miraba todo con sus ojos de lince y movía su naricita despacio, muy despacio. Yo me quedé de brazos cruzados y traté de que no se asustara por mí presencia.

Intuyo que él sabía que yo lo observaba. Se fue por el mismo lugar que había entrado. Esa primera noche, esperé con ansias que llegue mamá, quería

contarle que había entrado un gato. Me sentía tan solo sin Francisco que viví esa aparición como un gran acontecimiento. Antes de que llegue mamá me quedé junto a la ventana con la esperanza de verlo de nuevo. Nunca habíamos tenido mascotas. Mamá decía que era un gasto innecesario tener animales por la situación económica que atravesábamos por la muerte de papá... Yo no sabía muy bien si me gustaban o no, nunca tuve la suerte de elegir.

—¿De qué color era?

—Negro.

—¿Todo negro?

—Sí.

—Es mala suerte.

Mala suerte. Me quedé pensando. Era la primera vez que escuchaba que algo traía mala suerte. En mi cabeza contemple varias ideas del porqué. Lo primero que se me ocurrió fue que el color negro era sucio, oscuro y a nadie le gustaban las cosas negras. Después pensé que mamá decía eso porque no quería al gato, aunque ella siempre dice que no hay

que fiarse del envase si no sabemos nada del contenido. Y hasta ese momento, no sabía si el gato era bueno o malo, o las dos cosas al mismo tiempo.

Las tardes de otoño siguieron igual, pero con ganas tontas de poder encontrarme de nuevo con el gato, que ya tenía nombre por más que no fuera mío. Pasaron dos semanas hasta que el gato apareció de nuevo. Dejé un señuelo que sabía que iba a funcionar: Un jarrito con leche caliente. También el televisor encendido y la ventana apenas abierta. Se asomo, amago dos veces antes de entrar. Espere escondido debajo de la mesa con las piernas cruzadas. Su cola rígida, sus orejas quietas y su andar resplandeciente llegaron hasta mí. Nos miramos y en el instante que parpadeó el último rayo de sol, nos escapamos. Mis ojos se volvieron amarillo, mi pelaje de un color blanco y una mancha marrón que creció bajo mi nariz.

Sé que Francisco sigue estudiando psicología en la facultad, que mamá me extraña mucho y que los gatos no dan mala suerte. También sé que yo no estoy más solo.

Escribir un cuento en vacaciones

Josué Zarzosa de la Torre
México / Alemania

Primero tómate una copa de vino rosado bien frío mientras disfrutas la vista del puerto, deja que tu suegra se encargue del bebé y tú dedícate a lo tuyo. Relájate, que para eso volaste dos mil cuatrocientos kilómetros en un vuelo tempranísimo, durante el cual dormiste profundamente, con la boca abierta como un cadáver, despertándote una y otra vez con tus propios ronquidos. Después de un tiempo, al fin aterrizaste en una pequeña isla griega del mar Egeo septentrional. ¡Bienvenido a Skíathos!

No es necesario que dejes de hacer lo que harías en unas vacaciones normales, si no estuvieras dedicado a la noble tarea de escribir un relato corto. Tú haz lo tuyo. Ya verás que el cuento se escribirá solito. Solo sigue estas instrucciones y observa todo a tu alrededor con atención. Por lo pronto ve al baño si lo necesitas y aprovecha para mirarte unos segundos en el espejo: ahí tienes ya a tu protagonista. ¿Ves qué fácil es?

No te dejes provocar por la mirada reprobatoria de tu esposa al verte sacar de la maleta los ocho pesados libros de cuentos que empacaste, hacen menos bulto que esos cinco pares de zapatos que carga ella a todos lados y nunca usa. Fue una buena idea traer tus libros, los vas a alcanzar a leer *todos* a pesar de tus obligaciones de padre: proveer y proteger —y cambiar pañales—. No hay mejor manera de escribir un cuento que leyendo muchos otros cuentos de autores diversos: desde Samanta Schweblin, pasando por Sergio Ramírez y Javier Marías —ese que pensaste que no te iba a gustar por sus frases kilométricas—, hasta llegar a Aléxandros Papadiamantis, originario de la isla.

Recuerda tomar algunas fotos de vez en cuando para documentar estas primeras vacaciones de tu hijita. De ahí podrás sacar más tarde algunos detalles que te servirán para ambientar tu historia. Esas fotos serán muy importantes. Terminarán expuestas en álbumes gruesos en los estantes inferiores del librero de tu sala. Serán la materia prima de las memorias tempranas de tu hija, quien una tarde de domingo con lluvia, al estar hojeando los álbumes para espantar el aburrimiento, sorprendida por tu figura más o menos esbelta en esas fotos viejas, te dirá —nunca sabrás si a manera de insulto o de elo-

gio—: «¡Qué joven estabas, papá! Y mamá también, ¡qué guapa se veía con ese vestido verde!».

Tómate una primera foto ahí, sentado en la taberna griega junto a tu suegra feliz que carga a su nieta. Tú y tu esposa satisfechos, con cara de recién llegados, sus copas llenas de vino rosado bien frío. El vidrio de las copas transpirando, igual que tu nuca y tu espalda. Al fondo, un pedazo del barco pesquero de tu suegro, atracado en el lugar de siempre.

Observa cómo el escenario de tu cuento se va dibujando con elementos concretos tomados de tus fotografías. Por ejemplo, ese mar turquesa del fondo que se extiende hasta convertirse en un cielo abierto. Y ahí, cerca de la orilla derecha de la foto, las piedras lisas del risco que llaman *Plakes* y el verde vivo de sus árboles torcidos.

Asegúrate de tener un buen corte de cabello antes de seguir tomando más fotografías. No querrás pasar a la posteridad en las memorias familiares con esas greñas de pordiosero que a veces te dejas crecer.

Si es necesario —por tus greñas de pordiosero—, busca esa misma tarde una peluquería que prometa hacer un trabajo decente. Ahí tienes ya, sin haberlo

pensado mucho, un objetivo para tu protagonista, un motor para impulsar el relato hacia adelante: la búsqueda de un corte de cabello digno para tu personaje principal. Un padre de familia neófito, un *señor*, de treinta y cinco años —¡ya casi treinta y seis, Dios mío!—.

No vayas a la peluquería Varsakis, con el viejito ese que tiene un logotipo que parece que no lo ha cambiado desde los años ochenta. Tampoco te metas al *spa* de la calle principal, la *Papadiamantis street*, ahí en donde por diez euros te meten los pies en un tanque de vidrio para que una desgraciada familia de pececitos te quite los callos a mordidas. No, señor. Por respeto a los peces y en rechazo rotundo hacia cualquier tipo de trabajo forzado, pásate de largo y métete al callejón en donde están las galerías de arte marítimo que tanto le gustan a tu esposa. Ahí, al fondo, encontrarás la barbería Wizard, con un logotipo moderno, precios aceptables y hasta aire acondicionado.

Si tu esposa lleva prisa, que se vaya ella primero a la casa de sus padres. El corte de pelo de caballero tarda de veinte a treinta minutos, quédate tú en la barbería Wizard y alcanza a tu familia más tarde para comer. Pero por nada del mundo se te ocurra tratar de explicar en griego —tu griego de diez años de

Duolingo— cómo vas a querer tu corte. Digamos que tu nivel no alcanza todavía para una situación tan delicada. Por suerte la chica del Wizard habla inglés.

Explícale que lo quieres cortito, pero no tanto que se te vea la piel del cráneo y parezcas un cadete militar. ¿Un *fade*?, te preguntará en inglés con su amable acento griego. Dile que sí, pero que no se te vea la piel del cráneo. Relájate, que para eso estás aquí. Disfruta del masaje que te dan las vibraciones de la maquinita al pasar una y otra vez por tu nuca. Intenta que no se te note el placer en la cara, no vaya a pensar la peluquera que eres uno de esos pervertidos a los que les excita que una jovencita les toque la cabeza —¿acaso acabas de usar la palabra *jovencita*?—.

Si te aburres puedes sacar un libro de tu mochila y ponerte a leer algún cuento. Si la peluquera te interrumpe para preguntarte algo ponle mucha atención. Es importante que lo hagas. Que si la cero o la uno, te preguntará quizás mientras tú estás sumergido en las aguas profundas de tu libro, en medio de un pasaje divertidísimo de un cuento de Juan Villoro. Molesto por su interrupción, le dirás que sí, que la *zero is ok*.

No te detendrás a pensar en la importancia del significado de esos números. Volverás a lo tuyo corriendo como un chiquillo descalzo, pisando solo con los talones y te echarás de nuevo un clavado en tu lectura.

Disfruta el momento. Es tu momento. Toma una nota mental de lo bien que te sientes: el aire acondicionado, el masaje en la nuca, tu libro, la música de fondo...

Levanta tu mirada y echa un vistazo al espejo para ver cómo estás quedando.

¡Guarda la calma!

Que no se te note la ansiedad.

Si la peluquera te pregunta que por qué esa cara de espanto, dile que todo está bien. Sonríe.

¿De qué te serviría ya quejarte?, solo la angustiarías en balde. Déjala, llegado a este punto ya no hay nada más que hacer. El pelo crecerá. Respira.

Déjala que termine su «trabajo» y, mientras tanto, ve pensando en dónde conseguir un buen sombrero

de paja. Hay que cubrir ese horrible corte de cabello de Daddy Yankee que te hizo la peluquera griega.

Evita a toda costa el contacto visual con las jovencitas al caminar por la calle, ahora de seguro pensarán que eres uno más de ellos: libre, con la piel suave y la agenda holgada, sin pesados y estorbosos carritos de bebé, ni pañaleras, ni siestas obligadas a media mañana y después del medio día.

Ahora tu personaje deberá tomar una decisión: comprar ese sombrero de paja y volver a la casa de sus suegros o...

Ni lo pienses.

Mejor escribe la palabra «fin» con mayúsculas, centrada y en un párrafo aparte. Ahí tienes ya tu cuento.

AMÉN

Hard bop

Iván Medina Castro
México

*El hombre es un ser que espera y,
por lo mismo, acaba conociendo la decepción.*

Gilles Lipovetsky
A girl named Sandoz
The Animals

Un pinchazo, dos, tres... ¿Cuántos más para apaciguar la fatiga de ser uno mismo? Me pregunté mientras observaba las aspas impasibles de un reguilete que no dejaban de girar y que cuanto más fijo las miras, más de prisa iban.

—¡Sadie! ¡Sadie...! Escucha, he pasado gran parte de mi vida mirando, pero apenas he observado lo que ocurría a mi alrededor. El mundo del arte progresa concentrándose en un punto de fuga falso, perdiendo de esa manera las perspectivas cíclicas y generales. Y por supuesto no es fácil ser visionario en medio de la niebla. Recuerda, solo hay cosas transmisibles a través de las escalas del jazz.

Mientras Lee sostenía su perorata, Sadie continuó con sus labores sin prestar la menor atención a lo que él decía.

—¡Ya lo tengo, Sadie! La fórmula parece sencilla. El primer track del disco debe tener un tema capaz de penetrar en la mente del escucha en cuanto ponga la aguja sobre el vinil. Un tono que haga rechinar, chirriar, acariciar, raspar, cortar, gozar al alma. Los temas restantes ya no serían tan importantes, quizá un poco la primera pieza del lado b, pero todo lo demás sería olvidable. Algo así como, mhhh..., espera —¿Mi trompeta Sadie?, pásame el maldito instrumento.

Sadie ignoró la orden de Lee y sin aspavientos se dirigió al cuarto de baño para tomar una ducha, pero antes sacó del cajón de la vitrina la .38 snub nose que Lee le había conseguido para su protección, y la ocultó dentro uno de los bolsillos de su gabán pues temía que Lee fuera a cometer una estupidez. Una vez que ella entró a la recámara escuchó a lo lejos el eco de un reclamo: “A la mierda, Sadie, ve-te mucho al ca-ra-jooo”.

Lee alargó la última sílaba de la palabra al punto de cambiar de color como un camaleón capaz de mimetizar su piel con las hélices anaranjadas y rojizas del reguilete, después, se incorporó con dificultad del sofá, sostuvo su trompeta e intentó interpretar la frase melódica que rondaba en su mente, pero no

pudo, el aire de sus pulmones había desaparecido, entonces intentó inhalar aire a profundidad pero su esfuerzo lo hizo desplomarse sobre el sofá como si cayera hasta el fondo de un vórtice y, sin más, se quedó dormido. Sadie, una vez fuera del baño, se dirigió a la sala y como un ama de casa cuidadosa que evita que un polvillo de ceniza caiga al suelo, recogió algunos algodones hervidos, una cuchara, un par de ligas, una jeringuilla, y el mechero. Antes de irse a acostar colocó sobre el cuerpo inerte de Lee una frazada.

Al día siguiente, desde la primera hora de la mañana, Sadie insistió en que Lee debería de caminar por el parque para desintoxicarse. Él la entendió, era fin de semana e iniciaba la jornada de trabajo. Lee salió del apartamento abrigado pues, aunque apenas empezaba el otoño, el frío ya calaba los huesos. Mientras Lee deambulaba por el parque, le llamó la atención cómo también la fronda de los árboles se había adelantado a la estación tornando su ramaje en una gama de anaranjados como cuando se dispara un arma. Manhattan ardía.

El resto de la tarde, Lee dejó que su sombra se deslizase por la ciudad con un solo propósito en la mente: disponerse de un pinchazo y después ir a un gig al Village Vanguard para interpretar con la trompeta una depurada experimentación melódica.

A la media noche, mil y una punzaditas de una fina aguja atravesaban la piel del antebrazo de Lee hasta depositar la sustancia deseada en la sangre. Ya en el escenario, listos para tocar, los instrumentos crujían y se estiraban como si se desperezaran del peso de lo humano. “La tensión rítmica y unos nerviosos metales interrumpían en condiciones extrañas, nunca antes ejecutadas. Había nacido un nuevo estilo, algo de una novedad absoluta capaz de trastornar la conciencia”. Eso fue lo que les dijo Sandoz a los músicos cuando dejaron de tocar. La ovación se interrumpió justo cuando el baterista sustrajo de su neceser una jeringuilla de cristal cortado en forma de tapón de botella con una nueva dosis de “mante-ca”.

—¡Lee, Lee...! Tienes llamada, es Sadie y por su tono de voz parece estar muy cabreada. Lee regresó la jeringa a Berkley y fue refunfuñando a tomar el auricular.

— ¿Cómo te va, nena? —preguntó él para suavizar la conversación.

— ¿Por qué no has llegado a casa Lee? —respondió ella con una inflexión hosca.

— No he podido, el Village está a reventar y a todos les ha fascinado el nuevo tono.

Ella se agravió:

—¿Por quién me tomas? Estoy segura de que estás con esa perra.

—No, por qué iba yo a querer ofenderte. Lo único que digo es que no he podido regresar a casa.

— Pues ya no regreses.

—Si es lo que quieres, que así sea — Entonces hasta pronto—.

—Hasta nunca.

Lee colgó el teléfono y regresó consternado a la sala donde esperaba su orquesta.

—Señores, se acabó el gig —dijo—. Ya no puedo más.

Esa noche Lee la pasó con Sandoz. Ellos se habían conocido dos meses antes durante la presentación en el Five Spot. Después del gig hubo una juerga a la que la invitaron y Lee nomás verla le dio prioridad ante todas las demás mujeres, incluyendo a Sadie.

A la mañana siguiente, Lee regresó a casa por sus cosas y Sadie al verlo se le abalanzó con caricias.

—¡Basta, Sadie! —Sabes, te agradezco mucho lo que hiciste por mí, pero lamento confesar. Tú eres de ese tipo de gente que hay que ver una sola vez en la vida. Después de todo, ¿por qué tienen que ser eternos los lazos entre las personas? Aquí ya hay tedio, rehechura, irritación, cansancio. Sadie se derrumbó en lágrimas, Lee la abrazó y comentó:

—Lo que nos toca es lo más inmaterial, lo más específicamente humano, eso es lo que nos hace derramar lágrimas.

Con una voz entrecortada Sadie respondió:

—Recuerda, aún habrá noches en que no sabrás qué camino tomar y yo estaré ahí.

Lee alistó una maleta y antes de abandonar el apartamento mencionó a Sadie que festejarían el décimo aniversario del Slungs' Saloon con un nuevo tono y que ella estaba invitada. En ese punto, Sadie experimentó un dolor como luego de una operación en

la que han quitado algo sin nombre. Le haría falta algo que no se puede explicar, pero tampoco sustituir.

El día del aniversario Sadie decidió asistir al Slungs`. Tomó hacia el Lower East Side y caminó sin ver, aunque bien sabían sus pasos a dónde dirigirse. Entró al Slungs` y colgó su gabán en el perchero de la recepción y cuando ingresó al salón principal, observó sorprendida cómo Lee tocaba la trompeta llevando el ritmo con un movimiento brusco de cabeza como el de un gorrión enjaulado que no oye nada de lo que el espectador escucha, que escucha eso que el público no oye. Así lo sintió Sadie, ebria de excitación, similar a la primera vez que lo escuchó soplar la trompeta en la entrada de la estación del metro Pelham Parkway, pero esta vez la sensación era aún mayor, te llevaba hasta un oasis de reflexión ideal.

La orquesta terminó de tocar y Lee, absorto con su logro obtenido, dio un vistazo para contemplar el estupor de la audiencia, fue cuando miró cerca de la entrada a Sadie. Descendió raudo del escenario y ya próximo a ella de manera vacilante dijo:

—Viniste—, con un dejo de interrogación más que de alegría.

Esa pregunta, por nada, causó algún pesar, ella estaba feliz y respondió:

—Estuviste extraordinario, Lee. Tus dedos parecían más ligeros que tus pensamientos revoloteando sobre las válvulas del instrumento.

—Te dije que tenía una fórmula para triunfar.

—No hay fórmulas para el éxito, Lee, tú eres un genio.

De repente, Lee observó cómo se le iba descomponiendo el rostro a Sadie. Sus párpados no aleteaban, sus sienes no se deformaban ni su ceño se fruncía, carente de arrugas como un infante; simplemente, el globo de sus ojos se deslizaba como si estuviera en altamar, de izquierda a derecha y de arriba para abajo, rodando sobre sí mismo.

Cuando Sadie albergaba las esperanzas de que volverían a la normalidad, de reojo vio a Sandoz y se estremeció, al grado de que se intimidó ante aquella mujer con la que ahora Lee cogía. Era hermosa y joven, casi una adolescente. Se había sorprendido de tal forma que no podía recobrar el aliento. La tenía en suspenso entre el cielo y la tierra, pero cuando

creyó sentir cómo el olor de Sandoz se adhería a su ropa, la puso de vuelta en su sitio y sin reparo afirmó:

—Su perfume es violento y vulgar, tufo a incienso viejo, tan venenoso como el hálito de aquellos que emergen del ghetto. -Basta olerlo para saber que le gusta la mugre.

Sadie, aunque por dentro estaba desecha, se tragó su orgullo y airada abandonó el Slungs' Saloon. Afuera nevaba.

Lee, al darse cuenta de que Sadie había olvidado su gabán, salió del lugar tras ella para entregárselo y, consciente de la pena que había causado, enredándose en su saliva espesa y pegajosa pidió perdón. Sadie recibió el gabán, se lo puso y a pesar de ello tuvo frío, después, sin verle el rostro a Lee, dio media vuelta y se retiró de allí. Por su parte, Lee regresó al salón para unirse al desenfreno con Sandoz y los demás músicos.

Lejos de todos y abandonada, Sadie se despeñó. Se llevó las manos incontroladas a los bolsillos del gabán encontrando al alcance de la mano derecha el revólver que reposaba cerca de su vagina, acarició el cañón y pensó que solo había que tomarlo y des-

cargar la ira; el efecto de una acción tan insensata e irremediable que llevase tras de sí el fin del mundo. De pronto, junto con un alarido excesivo o quizá la rabia de una nota disonante desfogada de la trompeta, la mujer sostuvo el arma, entró al salón principal con parsimonia; ligera, flotante, espectral. Lee observaba que venía a su encuentro en un silencio espantoso como el eterno silencio de un sordo. Ya frente a frente, Sadie apuntó a la altura izquierda del pecho y antes de activar el gatillo profirió con sarcasmo: “Siempre tuviste razón, Lee, la vida es un péndulo oscilante entre el sufrimiento y el tedio”.

Conducta en los velorios virtuales

El Tío Carril
Argentina

No posteamos por los “me gusta”, ni por la necesidad de compartir. Ya se habrá sospechado: posteamos porque no podemos soportar las formas más solapadas de la hipocresía. Mi prima la menor, la que es técnica informática y *streamer, youtuber, instagramer* y todas esas cosas, o sea está de los dos lados del mostrador, se encarga de cerciorarse de la índole del duelo. Y si es de verdad, si se llora porque llorar es lo único que le queda a esa gente que perdió algo significativo para su existencia, entonces nos quedamos en el molde y los acompañamos desde lejos. A lo sumo mi madre pone un corazoncito en nombre de la familia; no nos gusta interponer insolentemente nuestra vida ajena a ese diálogo con la sombra.

Pero si de la pausada investigación de mi prima surge la sospecha de que en un posteo de Face o de Twitter *se armó la fantocheda de aprovecharse de un muerto para figurar un poco*, entonces la familia se conecta, espera a que el velorio esté a punto, y se va presentando de a poco pero implacablemente.

En las redes las cosas ocurren casi siempre en los comentarios de algún posteo oficial, casi siempre del finado en cuestión, manejado, claro, por su CM. Es increíble cómo la gente se cree que, porque tenga un disco de tal banda que escucha desde su adolescencia o haya ido al cine a ver tal película seis veces, se siente especialmente tocada en la singularidad de su dolor por la muerte de algún artista. No, capo, “Dusty” Hill nunca estuvo tomando birra con los pibes en la esquina, ni Palo Pandolfo me prestó 500 dólares cuando le tuvimos que hacer el trasplante de riñones a mi vieja, ni Dolores O’Riordan bancó los trapos cuando nos cagamos a piñas con unos *rugbiers* en San Bernardo. Sonaban de fondo, no más.

Entonces, cuando la defunción de un famoso se convierte en excusa para alardear egos vestidos de dolor, ahí activamos. Primero nos vamos conectando de a uno o de a dos, dejamos un emoji con cara triste y una lágrima (nunca esos patéticos que muestran llanto desconsolado). Por lo común mi hermana Paola, la menor, se encarga de la primera escaramuza. Cuando murió Piñón Fijo, diestramente, subió una foto en tanga con los pulgares arriba, la lengua afuera, sacando culo y llorando desconsoladamente con alguna frase pedorra del estilo de “vuela alto, ser de luz” o “buen viaje”, cosas así.

La cosa funciona como un relojito. En seguida viene una andanada de insultos de parte de madres y padres de familia indignadísimos por mancillar una figura tan cara al corazón de los niños y niñas de nuestra patria. Pero también, y al margen de enganchar a alguno de los cinco mil pajeros con plata, que hasta alguno capaz es productor de teatro y todos, cunde el ejemplo de Paolita y las redes se empiezan a llenar de boludas en tanga con cara de porno haciendo la pose del “Chu Chu Uá”.

Ahí entramos en fase dos, cuando mi hermana Elba, la mayor, aprovecha para correr el eje posteando algún tema de esos folklóricos o raros con la aclaración bardera: “mientras la gilada postea Chu Chu Uá, acá te recordamos pogueando ‘El pibe triste del barrio más oscuro de Carlos Paz’, con la misma intensidad de ese verano del 98 en el cruce de semáforos de la Calera”. Yo se la agrando con un “see, el mismo verano en que Piñón fue telonero de la Mona en el sindicato de Luz y Fuerza de Salsipuedes”.

Desorientados, los deudos amenguan en sus manifestaciones de memes, emojis y saludos al universo para googlear sobre “El pibe triste...” y recitales de la Mona Jiménez. Entonces, mi madre hace su

aparición triunfal, nos etiqueta y pone “Todos se acuerdan de ese recital, pero qué raro que ninguno diga nada del clericó en el camping de Tanti... qué tipo macanudo Piñón”.

Es un golpe bajo, realmente bajo, pero por demás efectivo. De ahí en más, todo se precipita, como un alud que puede terminar con el *hashtag* “#eldiaquepiñonusóelculodeunperrocomotuca” o cosas por el estilo como tendencia en Twitter. Siempre termina así. Con la historia de nuestro lado, como protagonistas. Cuando llegamos a ese punto, por lo regular no nos molestamos en seguir velando al finado, nos retiramos todos juntos. Yo a veces me conecto después para los patéticos intentos de miles de postear un gesto único, irrepetible, que confirme ese amor, esa conexión única por el que ya no está. Casi siempre le saco captura de pantalla a algo y lo mando al grupo familiar de WhatsApp. Y cómo nos divertimos.

Un llamado desde Montevideo

Mary Cross
Argentina

De repente, un día, Alejandro llamó desde Montevideo y habló con tía Pepa, le dijo que no regresaría el próximo mes a causa de una extensión de su contrato, ella le dijo que no se preocupe y le envió un beso a través del tubo del teléfono.

Pepa le comentó la noticia a tío Roque para que él le comunique a mamá de inmediato, entonces teníamos que esperar que ella se levante de la siesta, tome su tizana y pida la agenda de cuero negra— que le regaló Alejandro en una Navidad— para que marque el número de teléfono. Había que decirle a mamá que él estaba en otro país, decidimos no hacerlo y marcaríamos el número que dejó a tía Pepa. Preferimos evitar que pueda tener alguna crisis en su salud.

Tío Roque estaba, en tanto, escuchando las noticias en la radio, que llegaban desde Brasil, por ese conflicto diplomático que tenía preocupado a todo el

país, a mamá demasiado no le importaba, ella solo quería saber por su hijo. De pronto se escuchó el llamado de mamá desde su habitación. Pepa y tío Roque dejaron lo que estaban haciendo y la tía preparó su té, la medicación y el diario, el tío entró a la habitación corrió las cortinas y una luz tenue bañó la grisácea y lúgubre habitación.

Tía Pepa llevó su té, bajaron de la cama al gato color canela y le dijeron que había llamado Alejandro, mamá preguntó si él dejó dicho el día que regresaba, cuando de pronto entró a la habitación, María Laura llorando, con la cara pálida y la pintura de los ojos borronada sobre sus mejillas.

—¿Qué pasa querida? —preguntó mamá.

—Es Alejandro, no va a volver.

Fue entonces que tía Pepa se acercó a la muchacha y tomándola por el hombro le dijo:

—María Laura, no te preocupes, regresará en un mes, le extendieron el contrato y lo trasladaron de ciudad.

—¿Le dijo eso, Pepa? —Preguntó asombrada la muchacha que pasaba todo el día estudiando. Mientras todos escuchaban atentos la conversación,

mamá tomaba su taza de té y miraba de reojo a la novia de Alejandro. Y entonces tía Pepa, prosiguió su relato.

—Eso me dijo, que le dijera a mamá que se quedaría un mes más.

—Le comento a todos, que Alejandro mintió, está saliendo con otra mujer.

Entre sollozos y una crisis nerviosa, intentó desmayarse, ante la mirada atónita de mamá y de los tíos, de pronto acomodó sus cabellos y salió de la habitación sin saludarnos.

—Bueno, si eso era todo. Ah, Roque, por favor, cuando llame Alejandro, dile que invite a su novia, la quiero conocer.

El tío Roque asintió con la cabeza y la tía Pepa cerró, nuevamente, las cortinas, retiró la taza de té y dejó descansar a mamá hasta la hora de la cena. El gato volvió a su cama y se estiró ronroneante mientras calentaba los pies de mamá.

Tía Pepa cerró la puerta y fue a atender a tía Clelia que estaba sentada en la cocina.

—¿Qué crees Clelia? Esta casa tendrá algunos cambios dentro de la familia.

—¿Ocurre alguna cosa mala? —Sentenció tía Clelia.

—Nada malo, es Alejandro que cambió de novia.

La espontaneidad de la gota

Gustavo Ricardo Vignera
Uruguay

Es temprano, es verano, es sábado, está lindo, no sé qué me motivó a salir descalzo al jardín, nunca lo hago, nunca salgo, mi esposa me mira como si fuera un bicho raro o como si estuviese por contraer una extraña enfermedad.

Cuando salgo voy directo a la cochera, guardo mis cosas en el maletín y salgo, me subo al auto y salgo, salgo para la oficina, nunca piso el pasto, me da impresión pisarlo, creo que algún bicho me puede picar o tal vez una ortiga me pueda producir un sarpullido, siempre miro los árboles a través de la ventana, pero esta vez quise salir, estaba descalzo, pude ponerme unas pantuflas pero no lo hice, no sé si lo dije, soy alérgico a todo, al polvo, al polen, al frío, a los mariscos y a las cremas de afeitar, por eso me dejo la barba larga como un vikingo.

Salí descalzo al final y no me importó, estaba fresco a pesar de que el sol prometía una jornada agotadora. El limonero está a solo quince metros de la

puerta de la cocina, ya me había colmado la taza que me regaló mi nena para el día del padre hasta el borde de un café fuerte, muy fuerte, siempre lo tomo sin azúcar, es la única forma que logro que mis neuronas se pongan en funcionamiento a esa hora, no voy a trabajar obviamente, me lo merezco, o tal vez porque es sábado aunque hay sábados que también trabajo, generalmente para los cierres de mes, o porque estoy de vacaciones, aunque nunca me las tomo por completo, vacaciones es una manera de decir, un tiempo distinto donde aburrirme a pesar de tener tiempo para hacer todo lo que me gusta y que jamás hago. El piso está mojado, no llovió a la noche, el pasto está húmedo, más que húmedo, tengo una extraña sensación en los pies, pero quiero seguir avanzando, mis pies se hunden como si pisara una colcha peluda, peluda pero húmeda, está frío, la sensación es rara, pero me gusta, me estimula, me invita a seguir adelante y acercarme al limonero, el mismo que compré el día que papá se fue.

En el hogar donde estaba siempre se quedaba mirando los dos limoneros que estaban plantados al final de patio, eran enormes y repletos de limones todo el tiempo. “Cuando salga de acá quiero que plantemos un limonero” creo que fue una de las últimas cosas coherentes que me dijo, aunque él vivía en un séptimo piso contrafrente.

Traté de cumplirlo, era mi deber, la misma semana que lo despedimos fui a un vivero y me traje el más grande que tenían, la maceta pesaba como ochenta kilos, en realidad no era una maceta, era una especie de contenedor de plástico negro flexible que usan para mantener las plantas cuando las sacan de la tierra. Esa semana lo volví a la tierra y recién hoy después de seis años necesito ver como viene creciendo, quiero tocar sus hojas, quiero oler sus azahares y apreciar cada parte de la contextura del árbol formidable en lo que se ha convertido. Toco una rama y acaricio una hoja, es verde, tan verde que me hace pensar que el verdadero y único verde que existe es el que está circunscripto al dibujo de esas nervaduras, siento paz, armonía, y puedo distinguir una gota de rocío sobre la unión que forman las dos mitades de la hoja, antes no la había visto, quiero seguir viéndola sin que la hoja se desprenda de la rama, el perfume a limón me invade, en mi otra mano sigue mi taza, el café se está enfriando pero de todas formas el intenso aroma de mi desayuno se mezcla con la ternura de ese rocío de la mañana, es una sinfonía de notas que penetran bailarinas en mis fosas nasales, un blend de perfección que me lleva al pasado y al futuro o mejor dicho me saca de este mundo y me ubica en un lugar donde el tiempo y el espacio son infinitos. Me hace bien, muy bien.

Tomo un trago y siento su sabor suave atravesar mi garganta, la gota de rocío de la hoja que mantengo entre mis dedos, esgrime un minúsculo arcoíris, dios está ahí, ahí adentro, en ese microespacio, en esa espontaneidad de esa gota sobre la que puedo adivinar cuál será la duración de su existencia. Suelto la hoja que rebota hacia su tronco, hacia su vientre, la gota desaparece como también su pequeño arcoíris, tomo entre mis dos manos la taza, quiero conservar el calor que aún le queda, tomo otro trago, presiono el asa de cerámica entre mi índice y mi pulgar y puedo leer sublimado sobre fondo blanco “Feliz día, papá”.

Reflejos rotos

Lizbeth Bonilla
Costa Rica

En la oscuridad de la noche, la leve luz de la luna se filtraba a través de las cortinas desgastadas, pintando un cuadro de sombras en la habitación. En una esquina, un espejo antiguo reflejaba una imagen distorsionada de la realidad. Así comenzó la historia de Sara, sumergiéndose en un mundo donde los reflejos rotos revelan secretos más oscuros que las sombras mismas. Sara vivía en un pequeño apartamento en el corazón de la ciudad. Su rutina diaria estaba marcada por la monotonía, hasta que un día descubrió algo extraño en el antiguo espejo que heredó de su abuela. Los reflejos que solían ser claros y nítidos ahora aparecían distorsionados, como si el vidrio guardara secretos ocultos.

Intrigada, Sara comenzó a observar el espejo con más atención. Una noche, mientras la ciudad se sumía en la quietud, vio algo que no esperaba: una figura difusa y sombría que no se reflejaba en la habitación. Parpadeo pensando que era su imaginación, pero la sombra persistió. Con el tiempo, Sara se obsesiona con descifrar el misterio detrás de esos reflejos rotos. Aquella mañana, cuando apenas se

asomaban los primeros rayos del sol sobre una de las pequeñas ventanas, Sara empieza a investigar la historia de su abuela y descubre una conexión con un oscuro pasado que involucra secretos familiares enterrados. Cada vez que miraba el espejo, se sumergía más en un mundo paralelo, donde los límites entre la realidad y la fantasía se desdibujaban.

Los reflejos rotos se convirtieron en portales a momentos claves de la vida de su abuela, revelando amores perdidos, decisiones difíciles y sacrificios inesperados. Aquellos reflejos rotos hacían eco en todas las paredes de la casa de la abuela fallecida. Sara se encontró enfrentando dilemas similares en su propia vida mientras los reflejos actuaban como espejo de su destino.

A medida que la verdad emergía, Sara comprendió que romper los reflejos del pasado era esencial para liberarse de las sombras que la ataban. Con valentía, enfrento los desafíos que se presentaron, aprendiendo que, a veces, la clave para encontrar la luz está en confrontar los reflejos rotos que asechaban en la oscuridad

En su búsqueda de respuestas, Sara conoció a Alex, un historiador local apasionado por descifrar enigmas del pasado. Juntos, se embarcaron en una

travesía para desentrañar los misterios detrás de los reflejos rotos. Alex, con su conocimiento histórico aportó un nuevo matiz a la investigación.

A medida que profundizaban, descubrieron un antiguo diario que pertenecía a la abuela de Sara. Las páginas desgastadas narraban relatos de tiempos tumultuosos y decisiones difíciles. Entre las líneas, encontraron pistas sobre un objeto misterioso que estaba vinculado al espejo y que podía revelar la verdad detrás de los reflejos distorsionados.

La pareja enfrentó desafíos mientras seguían las pistas, desde lugares olvidados hasta encuentros con personas que compartían fragmentos del pasado. Cada revelación le acercaba más a la verdad, pero también desataba fuerzas desconocidas que intentaban mantener ocultos los secretos enterrados.

En un giro sorprendente, descubrieron que el objeto misterioso tenía el poder de reparar los reflejos rotos y revelar la verdad completa. Sin embargo, su búsqueda también atrajo la atención de aquellos que preferían que ciertos secretos permanecieran enterrados.

La historia tomó un giro emocionante cuando Sara y Alex se encontraron en una carrera contra el tiem-

po para desbloquear los secretos finales del espejo que estaba en aquella casa, antes de que las sombras del pasado los envolvieran por completo. Unidos por el propósito común, enfrentaron desafíos sobrenaturales y tomaron decisiones que impactarían no solo sus vidas, sino también el destino de los reflejos rotos que los habían guiado hasta ese momento.

A medida que la búsqueda de Sara y Alex avanzaba, la presión de las fuerzas ocultas se intensificaba. En su desesperación por proteger el objeto clave, enfrentaron pruebas que pusieron a prueba su valentía y lealtad mutua.

En una noche tormentosa, mientras se dirigían al sótano de aquella fría casa, se toparon con una figura enigmática que afirmaba ser la guardiana de la verdad. La anciana les advirtió sobre las consecuencias de desentrañar los secretos ocultos y les insistió a reconsiderar su misión. Sin embargo, Sara y Alex estaban decididos a enfrentar las revelaciones, sin importar las consecuencias.

Al llegar al sótano, descubrieron un altar antiguo que parecía resonar con energía ancestral. Al colocar el objeto misterioso en su lugar designado, una luz etérea inundó la habitación. El espejo, ahora rodeado por una intensa luminiscencia, comenzó a

revelar imágenes claras, desafiando las distorsiones del pasado. completa

Los reflejos rotos se transformaron en una narrativa completa de la vida de la abuela de Sara, revelando no solo sus luchas, sino también sus triunfos y amores perdidos. Con cada revelación, las sombras que habían acosado a Sara se disiparon, liberándola de las cadenas del pasado.

Sara y Alex se enfrentaron a la dualidad de la verdad, a veces la claridad viene con un precio. Aunque las sombras se disiparon, dejaron a Alex y a Sara con la comprensión de que, en ocasiones, es necesario dejar algunos secretos en la penumbra para seguir adelante.

En el silencio que siguió, Sara observó a Alex con gratitud, reconociendo que su unión había sido clave para desentrañar los misterios de los reflejos rotos. Ambos habían entendido la importancia de aceptar el pasado, incluso cuando se tiñe de sombras.

El espejo no solo reveló la vida de la abuela de Sara, sino que también mostró destellos de su propio futuro. Sara, atónita, contempló momentos que aún no habían sucedido, encuentros fortuitos, decisio-

nes trascendentales y, sorprendentemente, un reflejo de Alex compartiendo esos momentos.

La anciana guardiana del sótano emergió nuevamente, revelando que el espejo poseía el don de mostrar no solo lo que fue, sino también lo que será.

Sara y Alex se encontraban enfrentando no solo los secretos del pasado, sino también la responsabilidad de moldear el futuro que el espejo había revelado. Cada elección, cada acción, resonaba con consecuencias que trascendían el tiempo, convirtiéndolos en arquitectos de un destino aun por desplegarse. Sara y Alex se dieron cuenta de que la verdadera magia no residía solo en descubrir los reflejos rotos, sino en cómo elegirían tejer el tapiz de su destino, uniendo fragmentos.

De repente Sara observa el espejo con asombro mientras las imágenes del pasado y del futuro se entrelazaban en una danza mística. Se volvió hacia Alex, cuyos ojos reflejaban la misma incredulidad.

—¿Has visto esto alguna vez Alex? —dijo Sara—. Es como si estuviéramos navegando entre dos mundos, conectando lo que fue y lo que aún está por venir.

—Nunca imagine que nuestra búsqueda nos llevaría a un territorio tan desconocido —respondió Alex intentando descifrar que significaba eso para ellos, y como iban a manejar ese poder.

Sara se detuvo un instante, guarda silencio, da unos pasos con determinación y se acerca al espejo.

—Creo que somos los guardianes de nuestro propio destino. Cada elección que hacemos aquí tiene ramificaciones en el pasado y el futuro. ¿Estás dispuesto a aceptar la responsabilidad de moldear nuestra propia historia? —preguntó Sara.

Alex la miro, reconociendo la gravedad de la situación.

—Si esta es nuestra realidad, entonces enfrentemos juntos lo que viene —dijo Alex.

—Pero, ¿cómo decidiremos que camino tomar? —quiso saber Alex. Sara sonrió, sintiendo una conexión más profunda con Alex.

—Confío en que nuestras decisiones, aunque desafíen la lógica, estarán guiadas por algo más grande. Tal vez, en este misterioso tejido del tiempo, encontraremos respuestas que ni siquiera sabíamos que buscábamos —dijo Sara.

Juntos, se adentraron en la incertidumbre del tiempo, listos para escribir su propia historia en un lienzo donde pasado, presente y futuro convergirían en una narrativa única y extraordinaria.

A medida que Sara y Alex exploraban las complejidades del tiempo, descubrieron que sus decisiones influían no solo en sus vidas, sino en las vidas de aquellos que los rodeaban. Cada elección resonaba en el espejo, revelando consecuencias que a menudo desafiaban su comprensión.

En una encrucijada, enfrentaron la posibilidad de cambiar eventos significativos en la vida de sus seres queridos. La tentación de alterar el pasado para evitar el sufrimiento era abrumadora, pero también se dieron cuenta que cada acto, por pequeño que fuera, tenía implicaciones impredecibles.

—El tiempo es un río inescrutable, y cada cambio que hagamos creará ondas que se extenderán más allá de nuestra comprensión. Seamos cautelosos, pues el poder de los reflejos rotos pueden ser una bendición como una maldición —afirmó Alex.

En aquella casa donde habitaban los reflejos rotos, Sara y Alex se enfrentaron en un viaje de desafíos que pusieron a prueba su relación y su capacidad

para aceptar las consecuencias inevitables de sus elecciones. Sin embargo, en medio de la complejidad temporal, también descubrieron momentos de belleza y redención, donde las empatías las limitaciones y la comprensión trascendían las limitaciones del tiempo.

La historia de Sara y Alex se convirtió en un *ballet* temporal, donde el pasado y el futuro se mezclaban en una coreografía única. Mientras enfrentaron las incertidumbres del destino, una verdad emergió clara: el tiempo, aunque elusivo era una oportunidad para escribir su historia de manera consciente y valiente en el lienzo del tiempo.

A bailar donde suceda

Eduardo Barragán Ardissino
Argentina

Recuerdo que ese fue el quinto intento, sin embargo, no consigo acordarme de nada en concreto de los otros cuatro, por más que lo he intentado en más de una oportunidad. Bien, si debo sincerarme, no es que realmente lo haya intentado mucho, solo lo justo y necesario, por así decirlo. Por sencilla y pura curiosidad que se apodera de mí de vez en cuando.

Ya de por sí, ese tonto entretenimiento que obsesiona a tantas personas (llegando algunos a referirse a este como un “estilo de vida”). nunca ha llamado mi atención. Tal vez es por eso por lo que solo he conservado imágenes borrosas de esos primero cuatro lugares que visitamos, de esos cuatro intentos fallidos.

Después de todo, me uní al grupo esa noche porque... Creía que sabría que escribir, pero me equivoqué. No puedo decir con seguridad cuál fue la dicha razón que me motivó a aceptar su invitación (y menos qué los llevó a invitarme justo a mí, inclusión quizás), no recuerdo los nombres de ninguna

de esas personas. Nunca los supe, en retrospectiva. Puede que haya sentido una especie de presión social, o una urgencia de hacer amistades, o algún deseo de cambiar mi forma de ser, aunque fuera un poco. Quien sabe.

Pienso, sin embargo, que una buena parte de mi quería estar ahí cuando todo eso sucediera. Al resto le emocionaba tanto el evento en sí, como la idea de bailar en el sitio donde todo pasaría. A mí, como ya les aclaré, nunca me interesó la idea de salir a bailar, solo me importaba un poco el evento. Por semanas todo el mundo habló de eso. En las redes sociales solamente hablaban de como deseaban que la fecha llegara; en las noticias se informaba sobre tal inminencia; cada vez que yo, por casualidad, escuchaba a dos personas conversando, ese era el tema de discusión; no podían esperar más. Todos querían celebrar y bailar esa noche, donde todo pasaría.

Creo que yo era la única persona que no podía sentir esa proximidad. Al hablar de lo ansiosos que estaban porque esa gran noche llegara, decían también que sentían muy dentro suyo que indudablemente no pasaría de aquella noche, que el suceso al fin ocurriría.

Por eso no podía entender ni el hecho de que yo no sintiera nada, ni el que las personas con las que estaba siguieran con tanta paciencia y entusiasmo, luego de cuatro fracasos. Íbamos por el quinto intento, pero, por la expresión de sus rostros, cualquiera hubiera dicho que era el primero.

—Cambiá la cara, seguro que es en la próxima — dijo alguien del grupo, probablemente a mí. No supe quien fue, pues estaba mirando hacia el piso mientras caminábamos.

Al inicio de la salida me dispuse a sentir entusiasmo, para así no desentonar con el resto. Sin mencionar que no quería que descubrieran que yo no podía sentir la proximidad del acontecimiento. Pero, para esas alturas, ya estaba perdiendo interés en todo eso, a diferencia de mis acompañantes.

Me acuerdo de que, en ese momento, empecé a preguntarme si realmente ellos sentían lo que afirmaban sentir, si realmente alguna de todas las personas de toda esa maldita ciudad sentía algo de eso, e inclusive en el momento de escribir las presentes líneas no dejo de planteármelo.

No me sorprendería para nada que alguno hubiera dicho que podía sentirlo (fuera para engañar inge-

nuos, por el deseo de sentirlo, o por lo que fuera), que alguien más lo hubiera escuchado para posteriormente exclamar: “Yo también”, lo que habría sido oído por otra persona, que luego dijo lo mismo, propagándose por todos lados como si de una epidemia se tratase.

La noche llegó y ninguno de los lugares a los que fuimos era el correcto.

—¡Ya casi llegamos, falta poco! —una voz distinta a la que se había dirigido a mí momentos antes cortó mis meditaciones. La exclamación recibió por respuesta una señal de asentimiento por parte del grupo incluyéndome, pues me apresuré a hacerlo, aunque seguía igual de insensible. Lo único que podía sentir era el presentimiento de que esa salida iba a terminar siendo una pérdida de tiempo.

Perdimos varias horas yendo de acá para allá, y en esos momentos faltaba poco para el amanecer. Según lo que todos dijeron el evento sería esa noche, por lo que, si amanecía antes de que ocurriera, significaría que nada iba a pasar.

Fue cuando lo vimos.

Llamémosle el nuevo “punto de reunión”. Ya había una gran cantidad de gente reunida, conversando, esperando el momento de comenzar a bailar. Algunos llegaron caminando como nosotros, otros en algún transporte público, y otros en sus propios vehículos. Muchos de estos últimos llevaron equipos de sonido, ansiosos por encenderlos. Supongo que se habrían puesto todos de acuerdo en poner la misma música. No lo sé y nunca lo sabré.

Cuando llegamos al amplio lugar tan concurrido, vi como varios de ellos ya habían bajado el equipo de sus autos, y otros estaban haciendo justo en ese momento.

Ese sitio fue mucho más memorable que los anteriores, los cuales han desaparecido casi por completo de mi memoria. Era una enorme plaza que nunca había visitado hasta hoy. La considerable cantidad de árboles que presencié en ese lugar fue agradable para mi vista, a diferencia de la mayoría de las cosas de esta ciudad. Ni siquiera presté atención a las edificaciones que la rodeaban, no me acuerdo en que consistían... Creo que había una iglesia, pero no estoy seguro, de todas maneras, eso no es lo importante, sino la misma plaza porque creo que fue esta la que me hizo tener una mínima esperanza de que no tendríamos que cambiar de lugar otra vez.

Me gusta caminar, pero me encontraba realmente aburrido y me negaba a aceptar que toda la noche, las largas caminatas, y el unirme a este particular grupo, fuera para nada.

Fue un alivio el contemplar a tantas personas preparándose para ese tan anhelado baile, y a tantas otras encendiendo sus equipos de música.

Volví con mi grupo cuando algunos ya estaban bailando. Nunca se me ha dado eso de bailar, pero sabía que solo debía imitar lo que viera lo mejor que me fuera posible. Bastante sencillo. La amarga sensación llegó cuando me estaba preparando para hacer eso.

Pensé que en el quinto intento sería distinto, pero estaba pasando de nuevo: los equipos de música estaban siendo guardados otra vez y las caras largas se hicieron presentes. Tampoco ería en esa plaza.

Con la mirada mis compañeros me indicaron su frustración, así como el deseo y la esperanza de que la sexta fuera la de la suerte. No lo entendí y creo que no lo entenderé nunca. Ese instinto, que supuestamente tenían todos, ya se había equivocado cinco veces y, sin embargo, todos partían convenci-

dos aún de que en el lugar siguiente podrían al fin comenzar con la algarabía, incluyendo mis acompañantes.

—¡Esperen, hagamos el baile acá, ya fue! —grité con la intención de que me oyeran, no solo mi grupo, sino la mayor cantidad de gente posible. Los pocos que me escucharon voltearon a verme con expresiones despectivas en sus rostros, para luego seguir caminando sin haber formulado una respuesta— ¡Falta poco para que la noche termine, olvidense de todo eso! —nadie me oyó.

Todos se fueron, determinados a bailar donde suceda, ni más ni menos. No sé por cuanto tiempo me quedé parado en ese lugar, teniendo a mi soledad como única compañía.

—Hay más como vos —escuché una voz junto a mí.

Me gustaría extenderme mucho más pero no puedo, el vehículo que estamos usando mis nuevos acompañantes y yo ya está llegando a su destino, así que ya debo concluir la narración con estas últimas palabras: por favor únanse a nosotros.

Los viajes del Grandísimo Cronopio Mayor

Jonnathan Fabres Lobos
Chile

Paris 1952, teatro de Champs Elysées, en pleno concierto del compositor de la obra “Cantata”, Ígor Stravinski, un residente en el número 4 de la rue Martel, tiene un encuentro especial, observa unos seres pequeños globos verdes flotando alrededor en el semivació teatro, se hacían llamar cronopios.

Al salir de aquel recinto, uno de aquellos cronopios toma forma humana, una mujer y acompaña a aquel asistente al teatro a caminar, le pregunta con voz tranquila ¿Cuál es tu nombre?, a lo que el cuestionado responde, Julio, el Cronopio en su forma humana le responde, en este mundo mi nombre es Sophie.

Por las calles de Paris, se les ve caminando, el escucha atento mientras ella relata su mundo, famas, cronopios y esperanzas, la misma frase, pero planteada como pregunta, manifestó Julio.

La bibliotecaria procedió a explicar:

“Los cronopios se presentan como criaturas ingenuas, idealistas, desordenadas, sensibles y poco convencionales, en claro contraste con los famas, que son rígidos, organizados y sentenciosos; y las esperanzas: simples, indolentes, «bobas», ignorantes y aburridas.”

¿Cronopios se escribe con K, supongo, porque Kronos es relativo al tiempo?, a lo que Sophie responde, no se escribe con la letra C y estamos fuera de esta dimensión temporal, para ustedes el tiempo es lineal, para nosotros el tiempo es multidimensional, ustedes existen en un tiempo determinado, nosotros existimos en diferentes tiempos al mismo momento.

Sigo sin entender, es decir que todos los políticos y empresarios son famas, ella con voz afable le responde, hay famas en este mundo, como también hay seres humanos, estos últimos aprenden de los famas, de igual manera que los cronopios además de las esperanzas aprenden de ustedes.

Estimado julio, te contaré una historia, ustedes tienen un término llamado filantropía, nosotros tenemos un relato que habla de aquello:

“Los famas son capaces de gestos de una gran generosidad, como por ejemplo cuando este fama encuentra a una pobre esperanza caída al pie de un cocotero, y alzándola en su automóvil la lleva a su casa y se ocupa de nutrirla y ofrecerle esparcimiento hasta que la esperanza tiene fuerza y se atreve a subir otra vez al cocotero. El fama se siente muy bueno después de este gesto, y en realidad es muy bueno, solamente que no se le ocurre pensar que dentro de pocos días la esperanza va a caerse otra vez del cocotero. Entonces mientras la esperanza está de nuevo caída al pie del cocotero, este fama en su club se siente muy bueno y piensa en la forma en que ayudó a la pobre esperanza cuando la encontró caída”.

Las tasas de café muestran un vacío al que los comensales proceden a retirarse, el diálogo fusiona humor, historias y biografías, las esperanzas surgen en el intercambio de palabras.

Uno nunca pierde la esperanza, aunque las dificultades, el menciona, Sophie, las esperanzas son seres intermedios, que están un poco a mitad de camino, sometidas a la influencia de los famas o de los cronopios, según las circunstancias

A cada paso y dialogo, Julio al conocer a través del relato de Sophie a los cronopios, famas y esperanzas, tomaba nota de cada detalle expuesto por ella.

Un silencio se produce entre ambos, y Julio le pregunta a Sophie ¿Porqué, decidiste hablar conmigo en vez de con otra persona?, la respuesta no tarda en presentarse, dejando sin palabras al emisor de aquel cuestionamiento.

Julio, eres un Cronopio, mejor dicho, eres el Grandísimo Cronopio mayor, el estupefacto, su rostro sin expresión, las palabras y la boca seca, sin gestar recursos para gestar un diálogo.

Tras arduo destello, Julio logra formar palabras y una nueva dubanova emerge, ¿tú eres un Cronopio también, recuerdo que se acercaron a mí en el teatro?, Sophie, da una negativa respuesta, soy una esperanza y me dieron la misión de encontrarte, lo he hecho, con voz de alegría.

Estimado grandísimo Cronopio Mayor, un gusto haber revivido sus recuerdos, pero su misión entre los dos mundos es la diplomacia, para que así podamos convivir mutuamente entre cronopios famas, esperanzas y la especie humana.

Julio guarda silencio y pensante, Sophie ya se cómo presentarnos al mundo, serán un conjunto de relatos el cual llevará por nombre:

“Historias de cronopios y famas”.

La maldición

Mario Di Polo Villegas
Venezuela

En un hospital de la ciudad nació un niño que, en vez de llorar, maldecía. Los doctores quedaron atónitos al darle la nalgada de rigor y escuchar semejante palabra de la boca del recién nacido. En seguida los padres le echaron la culpa a Satanás y le cambiaron el nombre que tenían previsto de José a Espanto. Más sorpresa hubo en la sala de parto cuando quisieron cortarle el cordón umbilical y no había rastro de él; mientras los doctores buscaban explicación a aquella anomalía escucharon que el infante eructó terriblemente y dijo dos groserías que prefiero no decirlas en este relato. Los padres avergonzados por la conducta de su hijo dijeron a unísono: «¡Estás castigado!». Se escuchó una fuerte carcajada del bebé y luego algunos pucheros. Al ver el estado de consternación en la habitación el niño de forma astuta comenzó a llorar, los padres al ver el primer indicio de normalidad en su hijo olvidaron todo y acurrucaron al niño contra sus pechos; los doctores aliviados, aunque todavía confundidos, prefirieron hacerse de la vista gorda y dar el parto por exitoso. Para resumir el asunto ya que hace ca-

lor, pasaron años y el niño se hizo hombre, el hombre se hizo demonio, y este, como era de esperarse acabó con la vida en la tierra. Es por tal razón que lo que les cuento lo hago desde el mismísimo Averno, en el cual, por cierto, también están ustedes que me leen.

Continuidad de los latidos

Daniel SanMateo
México

En memoria de Julio Cortázar

El cuerpo delgado yacía por el suelo.

Ya la sangre no manaba por el tajo fino de la yugular. Toda ella —de un rojo intenso— era un charco bien definido que se extendía por el parqué, deslizándose por las pendientes minúsculas del piso, rellenando las grietas, buscando sin esperanza el latido ahora perdido.

El movimiento había sido preciso, casi quirúrgico. Mucho mejor que el movimiento que había vislumbrado cuando planeaba, apenas horas antes, el crimen. Y ya realizado, con ese cuerpo yacente y sin vida, con su mano sosteniendo todavía el cuchillo delineado por un hilillo de sangre, su corazón volvía a latir, se aceleraba, y comenzaba a punzarle en las sienes. Se había detenido como se detenía el corazón del cuerpo yacente por tan solo un segundo, agazapado por la acción increíble.

Y la visión, antes nítida, se tornaba borrosa.

Casi el peso de lo recién cometido le hacía desfallecer, toda la culpa recuperando la densidad, y era necesario —urgente— que se concentrara nuevamente, que prosiguiera según el plan urdido, que se despojara del arma, que limpiara sus pasos, que borrara totalmente su presencia en esa habitación y que nombrara finalmente —con todas sus letras— para que la creencia se hiciera conocimiento, a la coartada que probaría su inocencia.

Ella lo había citado esa tarde queriendo hablar de su relación. Decía que las cosas iban mal, que él había cambiado, que su amor perdía el lustro de los primeros días, la emoción de los primeros besos.

Y él no entendía qué era eso de lo que podrían hablar; nada había cambiado, el lustro relucía aún, los besos seguían llenos de pasión.

Seguro había alguien más en su vida, pensó, aquel colega del trabajo con quien había pasado la última semana hasta horas tardías en la oficina, terminando el proyecto que su jefe le había encomendado, dando lo mejor de sí, esperanzada a que dicho trabajo —de calidad excelsa— le valiera finalmente la promoción tan anhelada.

O quizá era el otro, aquel con quien la había encontrado cuando por culpa del tráfico llegó minutos tarde a la cita de la película que tanto quería ver. Los halló platicando durante las informaciones previas a la función para acompañarse en la soledad, rememoraban sus días en el colegio y celebraban la fortuna de haberse reencontrado tras años de no verse.

O quizá era —y la certeza iluminaba la sospecha— aquel amigo de la cuñada, presentado en esa fiesta a la que él no había podido asistir por andar presentado su nueva novela policiaca —otra todavía en su intento de despuntar como escritor de éxito— ese hombre se había mostrado tan diferente de él, casi su opuesto, y ambas —su hermana y su madre— lo habían celebrado como un gran partido de bodas, el cuñado, el yerno perfecto.

Ya los celos le desquebrajan la vida y los cimientos de confianza que existían entre los dos. Y no podía —desde que sus temores se habían visto confirmados por la solicitud de esta cita, la plática fatal que mandaría a la tumba a la relación— pensar en otra cosa que no fuera la solución total, la del conmigo o con nadie, la de mandarla, en última instancia, a la tumba antes de que otro pudiera tenerla.

Primero respiró profundo, controló sus latidos para que no estorbaran sus acciones. Se dirigió a la cocina y restregó con la esponja la mancha roja del cuchillo. Lo pasó por agua, lo volvió a tallar hasta sacarle brillo. Decidió, en contra de su plan, guardarse el cuchillo, ya lo tiraría en algún basurero público —porque regresarlo al cajón habría sido la acción tonta del criminal amateur—.

Regresó a la habitación. Examinó el sofá donde se había sentado para asegurarse que estuviera libre de arrugas o de cualquier fibra de su ropa.

Revisó sus bolsillos y se cercioró de no haber perdido la cartera llena de identificaciones. Sacó un pañuelo y limpió los apagadores de la luz, ninguna huella suya quedaría en esa habitación ahora manchada por el crimen.

Todo estaba bien. Ya podía retirarse por la ventana de la habitación, saltar la barda y rodear el inmueble, después llegar por la puerta principal y hacer creer al cuidador que apenas llegaba. Lo saludaría como siempre, con mayor efusividad incluso —intercambiarían las palabras habituales sobre el fútbol— se internaría en el pasillo rumbo al apartamento de ella, tocaría la puerta ruidosamente para que el cuidador también escuchara y después de dos

o más golpes —cuando infructuosamente la puerta no sería respondida— sacaría su llave, entraría sin cerrarla y haría el terrible descubrimiento con un alarido a todo pulmón.

Pero no contaba con la vecina que en el momento mismo de salir sigilosamente por la ventana miraba hacia el horizonte —y que esa forma de salir— tan poco ortodoxa, le pareciera sumamente extraña.

Y menos que lo reconociera, abriera su propia ventana y lo llamara con un saludo sonoro.

Él, que se sabía completamente amo de su plan, se sorprendió cuando escuchó su nombre. Volteó para ver a la vecina del apartamento siete —sus carnes flácidas de señora de ochenta años— saludándolo. Y después que no respondiera y, en cambio, ese saludo precipitara su carrera, que hiciera que el nerviosismo finalmente explotara en su mente, era obvio que la vecina habría telefonado al cuidador para señalar que el novio de la vecina del uno andaba brincándose por la ventana.

El cuidador salió así pensando que la vecina del siete —con sus años auestas— desvariaba, pero se sorprendió al darse cuenta de que en efecto la del siete tenía razón. El novio de la chica del uno corría

y salía del perímetro del inmueble, ingresaba a su automóvil y después, rechinando llantas, se alejaba del lugar.

La sorpresa fue aún mayor cuando al tocar repetidamente la puerta del apartamento uno, se decidió a entrar y había encontrado a la chica —tan linda y tan buena— como principal protagonista de un macabro espectáculo.

La policía ahora no tardaría en llegar.

Había sido muy estúpido refugiarse en su casa, y más ponerle doble candado a la puerta. La policía tiraría con un ariete la puerta, tomando nota del cerrajo —nueva prueba de culpabilidad— y buscaría inmediatamente el arma del crimen. Encontrarían el cuchillo dentro de la chamarra, arrojada sin cuidado sobre el comedor, y lo pondría en una bolsa plástica inventariada como prueba número dos.

Después más policías entrarían a su hogar y se harían del control del espacio. Otros resguardarían las posibles escapatorias. El sargento, escoltado por otros —cartucho cortado, pistolas al frente— llegaría frente a la puerta de su habitación, esa fortaleza improvisada donde gozaba de sus últimos momentos de libertad, y con voz ronca lo conminaría a rendirse, a salir con las manos en alto.

Su corazón latiría otra vez como perseguido por fantasmas turbios, sus latidos serían un tropel sonorísimo, le punzarían las sienas, el pecho. La culpabilidad finalmente se haría totalmente de él.

La policía traería otra vez el ariete y tras nuevas amenazas no correspondidas lo estrellarían contra la puerta, cimbrándola. Un primer golpe se sumaría a sus latidos hiperbólicos, otro golpe lo llevaría hasta la frontera del paro cardíaco y otro más lo haría rendirse a la ilusión de haber creído llevar a cabo el crimen perfecto.

Ni en sus escritos lo había conseguido nunca.

Sabría ya que los celos matan. Y también sabría que los que aman verdaderamente soportan todo —incluso los finales y las despedidas— y que su crimen confirmaba su cobardía.

No supo, sin embargo, con los policías ya dentro de la habitación, con las manos enguantadas sobre él, con su corazón latiendo a toda velocidad, defraudar esa cobardía. Prefirió seleccionar todo el texto con el crimen escrito —el cursor un parpadeo sobre la pantalla de luz— y presionar el botón para borrarlo de un solo golpe, dejar, otra vez, como un fracaso más, la hoja electrónica totalmente en blanco, evidencia obvia de un escritor sin alma.

Los albatros mueren en el cielo

Emmanuel Lorenzo
Argentina

Debe ser porque de mi hijita ni su nombre recuerdan ya. Quizás por eso le sobrevivo, como si me escondiera de su recuerdo. Ella era mayor que tu Rocamadour, quince años cumplidos y una frente digna de una virgencita. Si hasta en el pareo celeste en que la envolvieron se percibía el halo beatificante de la *jeune mort*. Seguramente sentiste lo mismo, Lucía, cuando lo perseguiste en el dédalo de las miradas y en los ojos de tu chiquito encontraste un punto negro que se vaciaba, despidiéndose, hasta convertirse en una bolilla tan blanca como si nunca la hubiera habitado el color. Te dedico esta plegaria, entonces, para estimular el recorrido de tu sangre hasta mis venas. Te ofrezco a la mía, a mi hijita que tan lejos está; te ofrezco mi dolor como consuelo del tuyo. No estás sola, somos dos, y cuando la luna se despedace en hilachas azules quemantes, casi galvánicas, profetizando el final de la vigilia, te darás cuenta que dos somos suficiente.

No tengo duda que son albatros: se me aparecen en medio de la noche y en las primeras horas de la madrugada comienzan a merodear en corro el edificio, abrazando con sus protectoras alas a mi buhardilla y a los desquiciados que viven debajo de mí. A veces me desoriento y creo confundirme, como Oliveira, entre los mamelucos grises de los internos, temo que truequen mi nombre por un número y olviden que no soy uno de ellos, sino el muchacho de limpia. ▯—Soy el conserje, ¿me recuerdan? — les diría a los inspectores—, yo vivo acá, pero no formo parte de ellos —agregaría, señalando a una ronda de locos, en cuyo centro vería a Horacio. Más temo asemejarme a él que a ninguna otra persona de la población del psiquiátrico.

De ella tampoco tengo dudas. A Lucía la amo desde antes que el dolor por Rocamadour le zanjara la sonrisa. A cada palabra que sobre ella me llegaba de los labios de Horacio, más mía era y menos de él. Y a cada encuentro en los pasajes parisinos que él recordaba, se escribía a mayor velocidad el epílogo infausto de la “era Oliveira” a la par del prólogo triunfal de la mía. Sé que de cuando en cuando Horacio también la piensa; ahora mismo la imagina sobre el raso del patio desde la ventana abierta a través de la que asoma la mitad de su cuerpo, buscando una redención tardía de un remordimiento para

el que no encuentra confesiones. Ya es tarde para él; ni Manuel, que es un buen muchacho, lo podrá salvar. Ahora Lucía es solo mía, más mía que del Sena y de todas las cavilaciones que la someten. Que la humillan. —¡Qué cobarde fuiste siempre, Horacio! Te fue más fácil imaginarla débil y suicida que olvidándote. Preferiste su desaparición a reconocer la insalvable posibilidad de que ya no te necesitara.

Y sin embargo el destino te puso frente a mí. —Ceferino, un placer—. Me estrechaste la mano firme, y pronto aludiste a un relato del jovencito mapuche Namuncurá, con futuro de beato y pasado de mártir. Y seguidamente cubriste las huellas de tus palabras, aduciendo que no eras católico y que poco podía importarte qué ocurriera con las abluciones santiguadoras de la Santa Sede. Apenas quebraste el silencio para agregar: —Horacio Oliveira— a secas. Te sirvió mi oído para escuchar el eco de tus frases cuando Traveller se hastiaba de ellas. A la Maga la llegué a conocer más que vos, pero creo que nunca advertiste el rictus de secreta devoción que desprendía mi rostro cada vez que la evocabas. Cuando mencionaste que el pequeño Rocamadour había fallecido a la sazón de una París destemplada, alcancé a derramar lágrimas, de las verdaderas, más cálidas que el puñado de pensamientos que le dedicaste al chiquito durante las horas que deambulabas a espaldas de su funeral.

Desde ese momento te amé, Lucía. Desde entonces me sedujo la idea de llevarte conmigo a la décima ventana del psiquiátrico y abrazarte como lo hacías vos con el pobrecito de Rocamadour. Le hablabas y envolvías su cuerpito muerto mientras los otros se reían culposamente, sabiendo que desde hacía minutos de él ya no quedaba ni la exangüe mirada de enfermo. De esa misma forma sueño con abrazarte, Lucía; cobijar tu recuerdo como una viuda lo haría con el retrato pálido de un soldado, que resucita a cada llanto y mata en cada olvido. Pero yo te arrastraré, te resucitaré del abismo al que te haya confinado el dolor y te traeré de vuelta, y esta vez encontrarás el consuelo que Horacio no te supo dar. Yo te devolveré el cielo que te violaron.

Oliveira ni siquiera se lo imagina, porque me piensa un analfabeto desnudo en su pléyade de vanidades. Tan desesperado está en sus delirios que no podría distinguir una trampa de un firme apretón de manos. Aun sin que lo supiera, lo ayudé a encerrarse en esa habitación, de la que ahora Manuel intenta convencerlo para que salga a través de la puerta y no de la ventana.

Al interno dieciocho, yo le di la idea de los rulemanes; las bacinillas y las palanganas podrían no ser suficientes; a los hilos y las piolas, ya me les había

anticipado gracias a tu declarada fascinación. Y los rulemanes vinieron a mí como una herramienta esquiva, un tanto artera, por qué no, de asistirte en ese cortejo fúnebre estrafalario que elucubrabas. Ahora estás encerrado porque nunca lograste escapar de esa habitación de París, Oliveira; elegiste el silencio, el cinismo antes que la confesión, ya que no podías cristalizar el significado de la muerte de una vida que ni siquiera había terminado de desprezarse. Ni siquiera la culpa te convirtió en el santo atribulado que te hubiera salvado; callaste la muerte ante la Maga, pero por no miedo ni asco a su reacción, sino a la tuya. No sabías cómo protegerías a la cristalería donde te habías encerrado a la merced de tus quimeras, si esa muerte, como una nota fuera de lugar en una melodía de Armstrong en el Cotton Club de Harlem, se hubiera alojado lo suficiente en tu realidad. La muerte y la música, un epigrama más wagneriano que de tu entrañable Charlie Parker, pero sabrás entenderme, Oliveira: tu salto al vacío es el ascenso a mi cielo.

Y sobre el cielo, ahí mismo, en la décima ventana que es el umbral de la buhardilla del psiquiátrico, te espero, Lucía. En el segundo piso, desde el que se escucha a Manuel afanándose por no caer en las palanganas húmedas, Horacio no imagina que la rayuela que observa dibujada sobre el baldosado

del patio de entrada es un *doppelganger*, solo el reflejo espurio de la real que se proyecta virgen sobre la fachada del edificio. A cada piso, determinada cantidad de ventanas en juego con la de casilleros, y la décima ventana, elevándose salvadora justo en el corazón del desván, por sobre la cornisa que desde acá parece desquebrajada, el cielo. Ese es mi lecho, mío y tuyo, Lucía, que debés estar por llegar. Horacio continúa columpiándose. El cigarrillo que acaba de lanzar fue a caer al casillero cinco de la rayuela falsa, la de tierra salada donde ya nada crecerá.

Ya advierto a los pájaros, mejor será que me dé prisa y corra escaleras arriba, pase la falleba a la puerta que conduce a la décima ventana, ignore el escándalo por el salto al vacío de Oliveira y disfrute de los minutos que me separan de Lucía. Los albatros me harán compañía y traerán el desenlace de mi prédica. Serán testigos de cómo se estrellan las palabras vacías de Oliveira sobre la rayuela falsa —seguramente su cara marmórea vaya a dar contra el casillero uno y en segundos su mirada seca se extravíe entre los rasgos rectos de la tiza, que lo retendrán ahí, en el primer peldaño, lo más lejos del paraíso posible—. Ni el viento podrá acercarlo al cielo, al igual que a un pájaro mutilado. No como mis albatros, que de sus alas inmensas puedo valerme para llegar a mi ventana.

He escuchado un golpe seco, pero acaso el revuelo me parece inaudible, ni siquiera gritos. Cuantos más escalones descendo, más me alejo de mi cielo y más me acerco a la ventana donde Horacio tentaba a su muerte. Desde el final del pabellón, lo veo a Manuel: se despide de Oliveira tranquilamente mientras se apresura por atajar a Remorino y a dos enfermeros que entraban a inyectarlo. No saltó, finalmente Oliveira no saltó.

—Ceferino, no te preocupes, Horacio está bien, solo necesitará algunos días para recuperarse y todo volverá a ser como antes—. No se da cuenta Manuel de que, anunciando el milagro, termina con mis albatros, que paulatinamente deshilachan su identidad, se deshacen en vulgares palomas. — Porque los albatros solo viven en las costas, Ceferino—. Ahora recuerdo que me dijo Oliveira días atrás, cuando me encontró oteando distraídamente la noche mientras me refería su opinión sobre los escritos de un tal Morelli.

De pronto las escaleras de vuelta hacia la décima ventana se curvan romboidalmente y los peldaños duplican su altitud y se vencen debajo de los pies, aprisionando mis piernas como lo harían sucesivas fosas de barro. Alcanzo fatigado la buhardilla y a

través de la ventana creo distinguir a mis albatros. ¡No!, me confundo, ya no están, solo un alba atroz: en el cielo umbroso veo nacer una quijada que abriendo sus fauces devora mi alma. Es mejor que me acueste —me descalzo sobre el suelo de mosaicos fríos y desordenados—, más tarde seguramente tendré que descender a la oficina del segundo piso y limpiar las ruinas que Oliveira haya dejado tras sus pasos.

Pasajeros

Laura Hormaeche
Argentina

Podría decirse que soy un coleccionista de historias. No las escribo ni nada, no es lo mío, soy fotógrafo... Pero cuando alguna imagen me impresiona especialmente la guardo en la memoria, y si se puede, robo alguna instantánea, a veces una serie, y armo el relato con cuatro o cinco clic. Clasifico por tema, por color, por paisaje, eso depende.

Al laburo voy en colectivo; trabajo en un periódico local. Tomo la línea 4, de Guadalupe al sur, y bajo casi al final del recorrido. Cuando subo, tipo siete, todavía hay pocos pasajeros. Me acomodo bien atrás, en un asiento de a uno. Desde ahí relejo todo: la gente esperando en la parada, los que dormitan, los que charlan, y casi siempre, puedo verlos cuando bajan. Un lujo de panorámica.

A esa hora casi todos van a trabajar; los chicos, a la escuela. Cada tanto te encontrás con algún trasnochado cabeceando en el asiento del fondo. Es un paisaje urbano colorido en constante movimiento.

Hago el mismo recorrido desde hace cinco años, y he notado que, por épocas, pasa algo interesante: se arman grupitos de extraños que no son tan extraños. Nadie conoce a nadie, pero de alguna forma, todos nos conocemos. Yo no soy de charlar, pero no me pierdo nada (manías del oficio).

A esta historia la seguí por varios meses y me quedé dando vueltas.

A ella la sigo viendo. Linda chica, flaquita, pelo largo rubión, tendrá unos veinticinco... Me parece que trabaja en el comercio porque se baja en el centro.

El Profe debe andar por los cincuenta. Me juego que da clases, porque lleva portafolio y empilcha bastante bien, pero discreto: pantalón de vestir y camisa, en invierno usa saco sin corbata. Cuando lo registré, no le daba bola a nadie, se sentaba en el último de a dos, al final del colectivo. Debe haber sido por el mes de marzo, porque me acuerdo que en las veredas había un festival de hojas secas, rojizas y amarillas, y los árboles estaban todos flacos y pelados.

El Profe hacía todo el viaje mirando por la ventanilla, o sacaba un librito y leía hasta bajarse, cerca de la Facultad (por eso digo...)

La chica se le empezó a sentar al lado, calculo que por abril; todavía no hacía frío.

Tal vez por aburrida, le empezó a pispear el libro de reajo, como quien no quiere la cosa. Seguro le resultó interesante, porque al rato, ya tenía la vista clavada en las páginas, el entrecejo fruncido, la boca apenas entreabierta. Si él se dio cuenta, ese día no se notó.

A las semanas de repetirse la escena, claramente él la esperaba para empezar a leer. Se lo veía atento a la parada de la rubia, el cuerpo en mínima tensión, y el afloje, cuando ella aparecía en el último escalón. Recién ahí, abría el portafolios y sacaba el librito. Cuando la rubia se sentaba a su lado, sin decir nada, buscaba la hoja doblada en una esquina, seguramente dónde habían quedado el día anterior.

Yo seguía los movimientos mirando como por arriba, para no perturbar. Tengo cancha con eso; en este oficio aprendés a volverte invisible, te mimetizás con el ambiente: un gesto brusco, puede arruinar la foto.

Por julio ya tenían sincronizado el ritmo. Él giraba apenas la cabeza, ella asentía con un golpecito de mentón hacia abajo, él pasaba la página. Entonces

los dos se sumergían de nuevo en la lectura, a veces hasta sonriendo al unísono. La rubia ya no guardaba distancia, se sentaba pegadita; pero el contacto nunca fue más allá: el Profe sostenía el libro con las dos manos, la rubia apretaba la cartera sobre la falda. Cada tanto, levantaban la vista para ver por dónde andaba el colectivo. Ella bajaba antes, a veces con un gesto de impaciencia, él la miraba y cerraba el libro de inmediato, como diciendo “quédate tranquila, lo seguimos mañana”.

Cerca de la primavera, hubo un cambio. Me acuerdo porque las chicas andaban con remeras coloridas. El Profe subió y encaró para el fondo. Pero en lugar de sentarse en el doble, se acomodó en una punta del asiento largo, detrás mío. Yo giré la cabeza para ver qué pasaba y lo vi arrimado a la pared del colectivo, contra la ventanilla. Había puesto el portafolios en el asiento de al lado.

Cuando subió la rubia, lo buscó con la vista y se quedó parada en el pasillo, pestañeando, hasta que al fin lo vio. No podía darme vuelta, pero por su sonrisa, deduje que él la llamaba.

Ese día había poca gente. Yo no podía verlos, pero al rato, escuché que le leía con voz firme y modulada. No me pude resistir y grabé un audio:

“...y explorar sin alejarse mucho (porque nunca se sabe en qué momento los autos de más adelante reanudarán la marcha y habrá que correr para que los de atrás no inicien la guerra de las bocinas y los insultos), y así llegar a la altura de un Taunus delante del Dauphine de la muchacha que mira a cada momento la hora, y cambiar unas frases descorazonadas o burlonas con los dos hombres que viajan con el niño rubio cuya inmensa diversión en esas precisas circunstancias consiste en hacer correr libremente su autito de juguete sobre los asientos y el reborde posterior del Taunus, o atreverse y avanzar todavía un poco más, puesto que no parece que los autos de adelante vayan a reanudar la marcha, y contemplar con alguna lástima al matrimonio de ancianos en el ID Citroën que parece una gigantesca bañera violeta donde sobrenadan los dos viejitos, él descansando los antebrazos en el volante con un aire de paciente fatiga, ella mordisqueando una manzana con más aplicación que ganas...”

Quedé como la rubia, atrapado en la lectura. Era un oasis misterioso entre el bullicio de los pasajeros.

Pero yo era un ajeno, un intruso en el ritual entre ellos dos. Al otro día busqué un lugar cualquiera, y los dejé tranquilos. No sabía que el final del juego estaba cerca.

La semana siguiente, el Profe no subió. La rubia lo buscaba, mirando con impaciencia la puerta de adelante, pero nada. Me dio un poco de pena, la verdad.

Hice varias conjeturas.

Capaz que estaba reemplazando, y volvió el titular, o a lo mejor, le cambiaron los horarios; capaz que lo que empezó medio como una clase para él, se le fue complicando. Capaz que se asustó. Vaya a saber.

Con el tiempo, la rubia lo dejó de esperar.

Ahora pasa todo el viaje con la vista clavada en la pantalla del celular, o la cara girada hacia la ventanilla.

Nunca la vi con un libro.

La tarde boca abajo

Ezequiel Robles
Argentina

Creyendo que llegaría tarde, bajó del departamento resbalando por la baranda de la escalera. Sin raspar el Citroen ni la pintura de la medianera, como buen inquilino, hizo rodar la motocicleta hasta la calle por el pasillo del garaje del propietario. Una, dos, a la tercera patada al arranque miró el tablero para darse cuenta de que no el tanque estaba vacío, e iba seguir así porque ya era fin de mes y la tarjeta ya no le daba crédito. Le sonó el teléfono y al ver la notificación del clima advirtió la hora suspirando, pues no llegaría tarde, sino recontra tarde; “No llego ni pa’ los aplausos”, pensó. Guardó la máquina y se fue al trotecito. En la esquina del semáforo agentes de tránsito desviaban los vehículos, divisó desparramada a una mujer en la calzada y a un delivery con su motito, con empanadas rodeándolo, tirado en la vereda. Decidió cortar camino doblando a la izquierda. A los pocos metros, metió un pique en diagonal por dentro de la fábrica abandonada, pero al pisar un charco de aceite, o algo similar, cayó de boca al piso. De yapa, con la caída levantó una piedad golpeando la cuña que sostenía unos cilindros metálicos que se le fueron encima y, como si fuera

poco, el piso se hundió ahí nomás, debido a sus noventa y siete kilos, a los fierros y a la humedad de las tablas podridas del piso con sus varias generaciones de larvas.

Lentamente abrió los ojos. La paja y el olor a bosta en la penumbra le acapararon los sentidos. Una vez vuelto en sí, percibió un jadeo grave y constante y otro más agudo, tal vez femenino, y pausado. Se escabulló entre los caballos y vio al joven aprendiz y a la nueva esposa de su amo. Al relinchar los caballos, las sortijas rubias y la piel, de un dorado mediterráneo, giraron hacia donde él se hallaba. “Por Júpiter y el César, qué haces aquí, esclavo”, gritó el joven aristócrata. Asustado salió corriendo del establo a toda prisa, el joven lo siguió desnudo, solamente con el látigo y la espada a cuestas. En el cardo máximo, la vía Pompeiana, corrió lomada abajo zigzagueando hacia la muralla. “Ir a la Puerta de la Sal o a la Puerta Forensis para atravesar la muralla sería un suicidio”, pensó. Cansado se recostó entre unos olivos, a la sombra del acueducto, enjugándose el sudor de la cara con la túnica zaparrastrosa.

Al volver en sí, se quitó los soruyos de ratones del rostro. Sintió como un puñal fino y profundo en la masa de carnosidad entre el pliegue de la rodilla y el talón, comprobó que tenía rota una pierna; además

de unos caños de acero industrial machacándole el lomo. Gritó y gritó, pero fue al dope. Por la misma razón que salió corriendo, y no llamó un remis: no tenía datos móviles en el teléfono, aunque, por suerte, la batería estaba al cien por ciento. De un momento a otro, alguien lo necesitaría y, en consecuencia, lo llamaría al cerciorarse de que sus mensajes no tenían dos tildes, grises o azules, en WhatsApp. Se crispó al ver danzar lauchas por el área externa al halo de luz nacido del reciente boquete. Sepultó los globos en los párpados y le pidió a dios que lo ayude a soportar las horas venideras, hasta que finalmente lo venció el cansancio y evaporó su voluntad.

Extraviado pudo focalizar de a poco el pilar de roca a su diestra, que estaba desdoblado en imágenes superpuestas. Respiró hondo el aroma a olivo, se quitó las sandalias rotas, la túnica y el collar con las iniciales de su amo. “Si me hubiera quedado estaría muerto”, pensó. Siguiendo el canal, arrastrándose, podría llegar a los baños termales y de allí dirigirse por entre las rocas de la costa a los muelles y así, quizás, ofrecerse a un mercader fenicio o a algún moro, y seguir vivo, soñando con algún día pisar nuevamente Egipto, su tierra.

De repente sintió un vibrato luminoso en su piedad, abortando la ensoñación. Su madre lo llamó

pidiéndole explicaciones. Pronto estarían ahí, para rescatarlo. Ya relajado, se centró en el sueño, le pareció emocionante: los olivos, las murallas, andar desnudo escapando de la muerte casi asegurada. Saliéndose de su vida miserable aun si era un sueño, valía la pena vivirlo. Cerró los ojos y escuchó el agua fluir sobre su cabeza, el rasposo suelo pedregoso besándole las partes blancas. Un resplandor le hizo abrir los ojos, una patrulla de soldados con antorchas estaba a su izquierda, sobre el decumano de piedras encastradas. Pensó que lo perseguían, pero no; direccionaban en bajada al mar, abriéndole paso a unos carruajes adornados con oro y piedras preciosas. Miró el cielo gris, anochecido pese a que faltaba bastante para el atardecer. El suelo se zamarreó, tronó el firmamento como nunca antes lo oyó, como si Venus, protectora de la ciudad, se hubiera ofendido por su tentativa de fuga. Comenzó a llover, pero sin mojar, el suelo se cubrió de finas capas de pétalos grises.

El calor, más intenso que el desierto natal, insistió en equilibrar la temperatura corporal con el exterior. Apresurado se encarnizó en arrastrarse para llegar a la frescura de los baños. Cerró los ojos queriendo regresar al otro lugar, sin poder hacerlo. Comprendió que solo era un sueño, sueño en el que un pequeño espejo le hablaba, en el que antorchas

verdes y rojas colgaban como farolas aun siendo plena tarde, en el que los carruajes no tenían caballos, sino que los esclavos los conducían desde dentro y las vías eran de una única roca lisa, gigante, interminable.

El aire denso le enredó las garras en el cuello, como aquel fino collar de cuero, adelgazándole la garganta hasta hacerlo toser. El mar Tirreno estaba demasiado lejos. Antes de que la piel se le quemará con las cenizas, quedó inconsciente entre los esqueletos desnudos y ennegrecidos de los olivos; inmóvil en la tarde boca abajo, sepultado para la eternidad en un féretro de sedimentos volcánicos.

Faraón y esclavo

Raúl D'Alessandro
Argentina

El olor a sudor es un aliento residual que brota del infinito y estimula mi mal humor, doy la orden de azotar a los esclavos para intensificar el trabajo y me recuesto en la litera real, el amparo de la sombra me induce al sueño y tengo una visión, puedo tener ese privilegio, soy el faraón, un semidiós entronado sobre las almas mortales.

Me traslado en trance hasta el peñasco más alto y domino el valle sintiendo el poder de mi autoridad, me ufano al comprobar que mi trono es inamovible, hasta que una ráfaga candente me abate contra las rocas. Veo mis carnes desgarradas ante un chacal que se acerca mostrando las fauces y sé que es Anubis, el señor de la muerte, se abalanza sobre mi cuerpo y me arrebató el corazón ante el chillido agudo de un halcón que cruza su vuelo frente al sol, sus alas cubren de sombras el desierto y siento temor, estoy atrapado en una dimensión extraña y deseo escapar de esta horrenda visión. Tras un grito irreconocible despierto sobresaltado y advierto cambios en el entorno, es mediodía y extrañamente ha oscurecido, el sol se ha ocultado tras la luna, es

mala señal, la visión del chacal y la oscuridad auguran que mi muerte está cercana. Los insignificantes esclavos no logran avanzar en la pirámide y ordeno que los azoten con más vehemencia, un audaz se subleva y a punto de asestarme un golpe es decapitado por el jefe de la guardia real. Su cabeza rueda hasta mis pies y unas gotas de sangre caen sobre mis sandalias, el sol retoma su postura dando brillo a esos muertos ojos que se niegan a apagarse, como si rehusaran lo inevitable del no existir.

El viento reseca mi boca y un dolor agudo en el pecho me arranca un gemido, mis sienes estallan y el entorno se desvanece, con los sentidos colapsados me integro a una simbiosis que me arrastra hacia el pasado, una parte de mí resiste en la memoria con lejanos recuerdos mientras otra pugna por abandonar el vientre materno. El Nilo de mi juventud se convierte en líquido amniótico y mi cuerpo flota ingrávido en una marea dudosa, pujo los dos extremos de la soga, quiero retenerme y lucho por soltarme. Me aferro al fin, y busco el inicio, siento olor a gloria íntima, a mirra y fuego dulce, es azul la noche en el desierto, tan clara para no verla, tan oscura para encontrar el camino de regreso. Pasan tiempos frente a mí mientras vago por la arena caliente bajo lunas y soles. Los dioses me generan una imagen que aún no conozco para conmoverme y a

poco lo logran, si no fuese por los candados de olvido que he colocado en otras reencarnaciones juraría que es real. Mi esencia fluye hacia el infinito y compruebo que el episodio sucederá irremediable, serán vanos los esfuerzos por escalar el universo usando estrellas de peldaños, el portal mortuorio está inconcluso y a ningún esclavo le importa la transición de mi alma.

La transparencia de mi piel exhibe sin pudor la incógnita del ser, punto cero del existir, las células se reproducen y me gestan, único y absoluto ejemplar. Soy un recipiente vacío de emociones ansioso por inaugurar sus sentidos en otro cuerpo.

El dolor punzante se agudiza y el aire es insuficiente para generar aliento, en una imagen final el chacal se lleva mi corazón de leopardo y duermo para soñar un despertar jubiloso en mi reencarnación. Hay címbalos resonando en el altar, se abre el portal del universo y los dioses postergan mi muerte por toda la eternidad. Tras el traspaso corporal mi dinastía real seguirá vigente. Soy el supremo faraón, una divinidad inmortal.

Un sol prepotente reluce sobre mi abandono físico y comienzo el viaje astral abandonando mi cuerpo.

El viento caliente del desierto seca al momento las lágrimas de mi primer llanto y siento que muero al pie de mi pirámide en esta tarde de eclipse. Abandono el líquido caliente que me retiene en un cuerpo y recibo un golpe de vida que me instala en mi reencarnación.

Hay un error fatal en la decisión de los dioses.

Mi sangre real no puede contaminarse. Ha quedado mi trono vacío y he nacido esclavo. Mis manos buscan socorro en esos pechos helados de ausencia y muerte sobre la roca ensangrentada al pie de la pirámide, quiero gritar mis órdenes y apenas consigo un llanto que mi madre ya no escucha.

Resuena el látigo sobre la espalda, es inútil, la esclava ha muerto en el parto el mismo día que mi padre fue decapitado. Mi orden de faraón me ha condenado a la orfandad.

La casa abandonada

Harol Gastelú Palomino

Perú

Desde la azotea del edificio familiar se veía la casa. Era una edificación de dos pisos que parecía que en cualquier momento se iba a venir abajo. Las puertas y ventanas colgaban de sus goznes con las lunas rotas; las tejas del segundo piso estaban hundidas o incompletas. La rodeaba un jardín reseco donde a duras penas sobrevivía una higuera con las hojas grises por el polvo acumulado en ellas. Un cerco de buganvillas coronaba el muro de adobe.

—¿Quién habrá vivido en esa casa, má?

Mamá no lo sabía. Tampoco los vecinos.

La empezamos a llamar la casa abandonada.

Una casa sin ocupantes siempre es atractiva para unos niños curiosos e inquietos como lo éramos nosotros hace casi medio siglo.

—¿Vamos a explorar la casa abandonada? —propuso un día Miguel.

—¿Y si mi mamá se molesta? —alegó María.

—Solo dile que vamos a jugar al parque.

Eso hizo María y nos dirigimos a la casa abandonada.

—¿Y ahora cómo trepamos? —pregunté, mirando el cerco de buganvillas.

—Me aúpan —dijo Miguel—, y abriré un camino.

Eso hicimos. Miguel, con la ayuda de un palo, abrió un paso entre las buganvillas. Después nos ayudó a trepar y saltamos al otro lado.

El jardín estaba infestado de lagartijas. Las había de todos los tamaños. Les tiramos piedras para espantarlas. Algunas perdían las colas mientras escapaban.

Bordeamos la casa y llegamos a la higuera. De sus ramas colgaban los frutos maduros picoteados por los pájaros. En el suelo, y también entre las ramas, yacían los restos de las aves. De algunas solo quedaban los esqueletos cubiertos de plumas. También había lagartijas muertas.

—Debe estar envenenada.

—De repente no es higo, aunque se le parezca.

No nos atrevimos a comer los frutos por temor a terminar como los pájaros y las lagartijas.

Nos acercamos a la puerta de la casa. Estaba cerrada. Era de roble. Parecía que estaba trancada por dentro porque no pudimos empujar la hoja.

Buscamos una ventana. Desde ella, el interior apenas se veía. Brotaba un vaho a polvo y humedad.

—Entremos —dijo Miguel.

—¿No será peligroso?

—¿Qué peligros podríamos encontrar en una casa abandonada?

Nos apoyamos en el alféizar y entramos a la casa. María soltó un gritito pues dentro también había lagartijas. Habían tomado la casa por guarida. Menos mal que escapaban al notar nuestra presencia.

Por esa vez no nos atrevimos a apartarnos de la ventana.

La siguiente fuimos preparados como para explorar una cueva. Llevamos linterna, periódicos viejos y fósforos como para hacer fuego y espantar a todas las alimañas. Además, se nos unió Cleopatra.

La casa parecía haber sido abandonada de un momento a otro pues había muebles, mesas y sillas, estantes con adornos. Todo estaba carcomido y cubierto por el polvo y la pintura desprendida del cielorraso.

En un cajón de la cómoda encontramos ovillos de lana, chalecos, mañanitas, medias. También una pipa y una pavita para cebar mate.

Encontramos una biblioteca cuyos libros habían sido pasto de las polillas. En las paredes colgaban cuadros que representaban paisajes de épocas antiguas.

La escalera de madera que llevaba al segundo piso estaba a punto de desbaratarse.

¿Por qué la habrían abandonado? ¿Quiénes la habitaron?

Volvíamos una y otra vez a la casa, movíamos los muebles, observábamos los cuadros, desenredábamos los ovillos de lana pensando que servirían para volar cometa.

En una de esas búsquedas encontramos la entrada a un sótano. Estaba oculta debajo de la cama. Se descendía por una escalera de caracol.

Había sido un dormitorio. Todavía estaba la cama, amplia y de fierro, con su colchón y colchas. En una mesita de noche encontramos libros antiguos. Todo estaba en buen estado, aunque despedían un hálito a humedad.

Por una ventanilla entraba un hilo de luz. Se veía la higuera con sus ramas retorcidas y sus jugosos frutos que no nos atrevíamos a comer.

Convertimos el sótano en lugar de nuestros juegos. Ya no le teníamos miedo a las lagartijas que se paseaban por nuestros pies.

—Podemos acampar acá —propuso Cleopatra.

—¿Estás loca? —le espetó María—. ¿Y si se aparece su dueño?

Nos reímos de las ocurrencias de María.

Acordamos acampar la noche de Halloween, que también era la celebración de la canción criolla y en la que nuestros padres participarían olvidándose por una noche de nosotros.

La noche del 31 de octubre, después de recorrer el barrio preguntando “¿dulce o truco?”, nos dirigimos a la casa abandonada. Teníamos los bolsillos atiborrados de dulces y en una mochila llevábamos unas cuantas velas, aparte de la linterna.

Trepamos el muro por Rodríguez Peña y cruzamos el jardín que, a esa hora, y por la penumbra reinante, se veía más tétrico.

Entramos por la ventana y nos dirigimos al sótano. Prendimos las velas y las pusimos alrededor de la cama y nos pusimos a jugar y a intercambiar dulces. Después nos contamos las travesuras que hacíamos en el colegio.

Poco a poco el sueño nos fue venciendo. La primera en dormirse fue María. Parecía un angelito.

—Hay que dormir también —dijo Miguel.

Y nos dormimos, hasta que un grito nos despertó. La habitación estaba a oscuras pues las velas se habían consumido.

—¿Quién fue? —preguntó Miguel.

Ninguno de nosotros había gritado. A menos que fuese sonámbulo.

—Era un grito de hombre —dijo María—. Mejor vámonos.

—Parecía que la tierra se abría —añadió Cleopatra.

Dejamos el sótano y cruzamos los pasillos casi en tinieblas pues las pilas de la linterna estaban casi agotadas.

Al llegar a la sala, vimos que un hombre colgaba del techo. Pendía de una soga. En realidad, no lo vimos con claridad, sino solo una sombra. Se balanceaba.

María soltó un chillido y salimos corriendo, trepamos la pared como arañas y saltamos a la calle.

Nunca más volvimos a la casa abandonada. Solo después supe que la habitó una pareja de hermanos. Eran argentinos.

Rayuela

Angela María Alzate Manjarrés
Colombia

Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano.

Julio Cortázar

Déjame jugar una rayuela infantil sobre tu espalda...

Déjame dibujarla con mis uñas sobre tu piel, con líneas tan suaves que apenas percibas el contacto y que solo yo, mirándote con todo este amor que por las pupilas se derrama, pueda percibir.

Déjame delinearla despacio, sin prisas, construyendo un mapa que guíe luego mis caricias y solo nos pertenezca a los dos.

No vayas a voltear a mirarme todavía...requiero tiempo para calcular cada trazo y lograr que las divisiones del juego tengan una armonía perfecta.

Después, déjame que toque todo tu ser inventándolo de nuevo, déjame que te construya otra vez, poro a poro, sin ansiedades, como si cada milímetro de ti comenzara a existir con el toque de mis dedos.

Déjame constatar que todo tu cuerpo coincide con el territorio que imaginé, que presentí en mis poemas y en mis sueños.

Permite que llegue a tus labios, que los dibuje también y los conquiste, que me acerque despacio y te bese de un modo casi imperceptible, suave, dulce, sublime. Deja que la intensidad de nuestro contacto aumente y que mi boca te muestre cuánto desea la tuya, cuánto necesita tu aliento, tu temperatura, el néctar dulcísimo que mora bajo tu lengua y la suave textura de ese cuarto pequeño, oscuro y misterioso que quisiera explorar durante horas.

Deja que en ese beso se fundan tu boca y la mía, y que haya una sola saliva y un solo sabor a fruta madura (a roja fruta madura), y te sienta temblar contra mí como luna en el agua y me sientas temblar contra tu pecho, por exceso de pasión y delirio de amor estremecida.

Universo
Carlos
Fuentes

Las páginas son fuentes del mundo

Emiliano Mendoza

México

Entre las calles de polvo
laberintos de palabras que se entrelazan,
donde la identidad se desdobra,
entre sombras de mito y realidad

Bajo su pluma, México respira,
personajes danzan entre luces y sombras,
un espejo fracturado refleja
la eterna dualidad del ser.

Las páginas son fuentes del mundo,
Exploran las almas, construyen los sueños,
Es un viaje inquietante a través
de la historia que palpita en las letras.

Universo
García
Márquez

De manos negras, caricias blancas

Marta Inés Albarracín
Argentina

Ven, baila mi niña baila
la danza de las fogatas,
la luna pagana quiere
ver cómo bailas descalza.
Deja que la noche juegue
con tu melena acobrada;
si quieres, ponte el turbante
a lunares escarlata.
Adórnate con collares
que por sus colores hablan
raras lenguas que aprendiste
en las sórdidas barracas.
Baila, ríe, ríe y baila y
a los demonios espanta,
con tu danza alucinante,
frenética y temeraria.
Ángel vestido de rojo
con la carita tiznada,
arroja al fuego las penas
de tus raíces amargas.

Baila mi niña en la arena,
ríe tu risa de nácar.
Contorneando tu cintura
baila tu pícara danza.
De turbia cuna naciste
sin madre que te acunara,
de negras caricias blancas
en tu vida desolada.
El amor ha de venir
en noches o en alboradas,
te encontrará tal cual eres:
Sol, estrella y agua clara.
Ven baila mi niña baila,
embrújalo con tu danza.
Al odio y al desamor
¡Quémalos en la fogata!

Malicia Eréndira

Eddie Vélez Benjumea
Colombia

Flaca, te odio, porque tienes la semana rota
como un billete falso.

Bailas los lunes y duermes los viernes;
te la pasas mirando novelas
como si la vida no se acabara mañana,
como si las deudas fueran solo números,
como si la nevera fuera a llenarse
cambiando un pedazo de papel.

Te emborrachas con una cerveza
y yo tengo que mirar cómo duermes
—plácida—

porque tengo que beberme tres botellas para entrar
en calor.

Y me salgo caro como un carajo.

Porque la cerveza no me hace efecto
y tengo que tomar Viche. Ayer probé la Tapetusa
y no me hizo nada.

Qué cara me sale la fiesta.

Y tú, blanda como una fresa,
te vas a la gloria con una pola.

—Qué maldita envidia, flaca del carajo—.

Dame un beso sabor cebada.

Háblame del dolor, del silencio,
de tus hombres perros que yo te cuento de mis mu-
jeres gatas.

De la luna amarilla

que no alcanza a desnudarse.

De las moscas que vuelan alcanzadas

por el viento contracorriente

contracara

contratodamivoluntad

y luego sígueme besando,

quizá me embriague no el beso

sino la saliva profunda que me lava todo

de adentro hacia afuera. ¡Caraja!

Sinfonía de la espera en el rincón del Coronel

El caballero de la palabra
Colombia

Bajo la lluvia persistente, el coronel espera,
cartas ausentes, un eco en su corazón.
Entre gallos callados, su vida se enreda,
tejiendo sueños en la bruma de la razón.

La silla vacía, testigo de la añoranza,
la tinta del olvido, en sus manos se desliza.
En el rincón del tiempo, la esperanza avanza,
cien gallos de alba no despiertan la sonrisa.

La patria es un suspiro en el pecho del Coronel,
su esposa ausente, tejedora de ilusiones rotas.
En cada arruga, la historia de un laurel,
donde la vida se desgrana en notas.

Las palomas revuelan, testigos del desvelo,
en el rincón del Coronel, donde el sol se esconde.
La promesa de un mañana, como un destello,
en la espera eterna, su alma responde.

El viento acaricia las cartas no escritas,
susurra secretos en la morada del anciano.
Coronel sin epístolas, en las manos marchitas,
la pluma del tiempo escribe su desgano.

En el silencio del pueblo, donde los días se arrastran,
el Coronel busca consuelo en su amargo café.
El humo danza, sombra que en su alma embalsama,
mientras la realidad se desvanece como un efímero blasé.

El reloj tic-taquea, cronista de la espera eterna,
en el rincón del Coronel, donde los sueños son destellos.
Las calles murmuran historias, el polvo cubre la vajilla,
y en su mirada se refleja el eco de viejos anhelos.

Cien gallos de alba, testigos de su desvelo constante,
un eco en la memoria, la promesa que persiste.
La patria es un anhelo, la esposa en algún amante,
y el Coronel, en su silencio, la tristeza resiste.

En cada surco de su rostro, un relato se esconde,
una vida tejida entre añoranzas y desesperación.
La pluma olvidada, la esperanza en su nombre ronde,
mientras el viento lleva sus penas en su canción.

En el rincón del Coronel, donde el tiempo se retira,
la espera se torna poesía en su desencanto.
Cada arruga cuenta la historia, el corazón suspira,
y en la penumbra, el anciano aguarda su último encanto.

El escriba

Gustavo Pablo Reyes Escalona
Cuba

Su libro fue un BOOM
todo un *best seller*
inmejorable crítica,
pero allá en su Macondo
allende los mares,
no nacen Gabrieles,
Voló a París por letras
no por oropeles
bullicio, luces,
café, tertulias,
las mieles de sus musas
mutaron, se esfumaron
probo; New York, Madrid
y hasta Bruselas,
las cosas no cambiaron
murió feliz y famoso
en su Macondo.

Marítimas

Estefanía Yetzel Becerra Navarro
México

Sueño uno

Viven debajo del oleaje,
me despiertan,
última madrugada,
dicen:

eres tú, ve y cuenta.

El sueño es el incendio de sus vidas,
los niños lloran,
sus chozas de Palmito consumidas entre humo como
alimento entre brazas,
¡despierta!
miro la quemazón que dejó la medusa en el antebrazo;
oleaje bajo la piel.

Somos nosotras

Arrojadas al Mar cuidamos el Mar
extrañamos a nuestros hijos e hijas vivos,
se los arrebataron de noche,
olor a sal,
quemaron su historia
y locas las arrojaron al Mar.

La pea de Gabo

Javier Herrera Palma
Venezuela

La sede de “El Heraldo” de Barranquilla quedaba en esa época cerca a la iglesia San Nicolás. El periódico se imprimía en la madrugada y al terminar la jornada, casi amaneciendo, los linotipistas, redactores y en este caso mi tío Daniel, quien fue uno de los protagonistas, estaba muy joven y quien trabajaba como corrector de pruebas.

En esa época, el famoso periódico de la costa colombiana quedaba en ese sector que ya había vivido sus mejores tiempos, cerca por un lado a la Iglesia San Nicolás y a unas pocas cuadras de “La calle del crimen”, donde varios hoteluchos de mala muerte y coto de caza de las damiselas quienes ya estaban en la última etapa del oficio más viejo del mundo, mal llamado “De la vida fácil”.

Gabo, aún muy joven escribía la columna “La jirafa” y aún no había ganado ni la fama ni el premio Nobel por el que sería reconocido mundialmente y, junto con otros compañeros del oficio, se acercaban a un bar cercano a tomarse por lo menos una bote-

lla de media de media de Ron Blanco o Ron Conciencia, como lo habían rebautizado los bebedores de oficio.

Era habitual que los viernes caminaran esas tres cuadras hasta “La calle del crimen”, calle treinta y uno con Veinte de Julio hasta el bar del cachaco, como llamaban a los oriundos de la región andina del país y cuyo negocio, aún no tenía nombre definido. Allí consumían algunas bebidas espirituosas, para luego marcharse a sus respectivas viviendas.

Una vez estando presente el grupo de parroquianos reunidos, llegó el “Sustanciador”, empleado de la sección de rentas del Municipio y a quien le correspondía tasar el valor del negocio para colocar, de acuerdo con ello, el costo de los impuestos Municipales, pero era evidente que en esa oportunidad llegó con claras intenciones de obtener un almuerzo gratis. El cachaco quien era sastre, peluquero y además atendía la dichosa cantina o expendio de bebidas alcohólicas, a lo que el “Sustanciador” le dijo.

—Bueno cachaco, tienes que pagar un impuesto por cada nombre del negocio.

—Vente mañana, le dijo el dueño.

Al día siguiente el cachaco le había cambiado el nombre al negocio, quitándole las tres especialidades que manejaba por uno solo: “Saspelucantina Don Carmito”.

En el sitio, ésta cuerda de intelectuales y bebedores sociales también de la popular cerveza Águila, sin igual y siempre igual, terminaban sus tertulias casi hasta media día del día siguiente. Ese día el cachaco le dijo.

—Señores, hasta aquí llegó su crédito. ¡Ya me deben cien pesos!

Gabo le respondió.

—Tranquilo cachaco que venimos es a pagarte ¡Y ponga cerveza para esta mesa!

— sacando un billete de cien y poniéndolo encima de la barra.

Prácticamente a medio día del día siguiente, el grupo de amigos salió gateando de la borrachera, mientras que la torre de cajas vacías medía casi dos metros y el nuevo saldo adeudado alcanzó ¡Los doscientos pesos!

El viejo que soñó ser joven

Cristián Italiano
Argentina

Poco antes de la misa el viejo abrió el portón del muro exterior de la gran iglesia. Su aspecto era decrepito debido a que su única función en la vida, abrir esa puerta, no necesitaba de una gran fuerza, y pasado el tiempo fue perdiendo el deseo de comer y de descansar al sol. A causa de ello perdió los dientes y el habla. Hoy ya estaba viejo, de piel dura y desde que se enfermó, allá hace mucho, perdió las perspectivas de casarse y poseer algún dinero como ocurrió con sus amigos. Su espalda encorvada lo llevó, desde su juventud y en su prolongado servicio parroquial, a que nunca le dejaran subir las escaleras y llegar al campanario a llamar a misa. Había inventado su propio idioma; es decir, no se preocupaba cómo le salían las palabras de su boca, por lo que eran inentendibles. Es más, muchas veces inventaba gestos que tampoco nadie comprendía, quizá porque se estaba volviendo un poco loco. Nadie se preocupaba, pues, por conversar con él. Y menos en el bullicio de los que entraban precipitados al culto. La postura lo obligaba a todo lo que tuviera rela-

ción con el piso: barrer y limpiar el templo, cortar el pasto con la guadaña, o abrirlo y cerrarlo. Su tesoro fueron las llaves que abrían el portón; las llevaba siempre anilladas a su cinturón, grandes, pesadas y relucientes. Solía tocarlas por puro gusto.

Cundo envejeció tuvo ganas de subir al campanario. No pasaba día en que cumplida la función principal de abrir la iglesia, antes de la misa, se pusiera a verlo desde la distancia, recostado sobre un piedra, pues su deformación no le permitía otra manera. En su pensamiento rondaban aventuras de niño que se divertía con sus amigos tocando la campana a deshora y haciendo despertar al curita. Pero estaba prohibido subir, lo recordó muchas veces hasta que, al final desechando toda pena y alegría antigua, solo le quedó un deseo: subir a ese campanario, escalón por escalón, y tirar del badajo de la campana llamando a los feligreses.

Un buen día, más fatigado y débil que nunca fue a abrir las puertas del muro que daban al gran templo y sin poderlo evitar, se quedó dormido. En el amplio patio se encontraba un santo tallado en piedra. De vez en cuando algún creyente se arrodillaba y el santito lo miraba complacido. Pero a la hora de la misa, todos pasaban raudamente frente él, ocupados en hallar prontamente un lugar en la sala o de

alcanzar alguna gracia en el templo. Este santo era muy antiguo. El viejo se durmió y el santo abrió los ojos inmediatamente y miró de reojo hacia el portón. Había observado al viejo durante tantos años, desde que de niño vino a la iglesia, que se apiadó de él. Estiró una mano invisible hasta la cabeza del hombrecito y es así como este tuvo un sueño, el mejor de todos. Soñó que era joven, que su espalda era recta y que subía alegremente, peldaño a peldaño, la torre de la campana; soñó que tiraba de su cordel y que al tirar del badajo provocaba el más maravilloso sonido jamás escuchado; soñó que a lo lejos veía las cabecitas de los fieles que se acercaban convirtiéndose pronto en figuras aún en sombras; soñó que alegre bajaba a oír la santa misa, observando por fin de cerca al Divino Señor, la Virgen Madre y a los otros santos sin que se lo impidiera su espalda. Y en ese momento se olvidó, además, del santo solitario del patio a quien nadie rezaba para pedir un milagro. Alcanzó de este modo su último deseo.

Entonces despertó, se incorporó lentamente, limpiándose el yuyo seco. Abrió las puertas del muro y luego se fue volando, con alas nuevas, poderosas, hacia el cielo.

Shuri

Pilar Martínez Revuelta
España

Se llama Soledad la vieja compañera de Realidad en Sierra Morena. Una casita de adobe es el cobijo que las custodias de un pasado oculto, en un pueblito de tres vecinos insurgentes:

El Sol, atemporal, el mismo sol que hizo de barro a Adán. El sol que vibró acariciando el cuerpo desnudo de Eva, dejando en su puesta retazos de semen por la sabana sin yerba, convirtiendo tierra negra en brasas de turba rubia.

Camello, es el nombre de un rumiante de flores silvestres con dos gibas, que lleva un libro entre las jorobas, cuando sale a pasear por los maizales de las laderas. No es que el animal lea, no sabe leer, pero sabe que marca la diferencia entre los burros de los granjeros, y eso le place.

El libro es una estrella anaranjada que cayó del firmamento sobre una pila de mazorcas secas, una noche de primavera, junto al pequeño bosque, donde sale agua por los agujeros de los troncos de las

cañas, innumerables chorros hacen un gigante surtidor que mira al cielo meando el maná de lluvia.

Shuri es el título del libro que encontró Camello, dormitando en medio de elotes marchitos, y el giboso se lo llevó a su cabaña hecha de palmeras, con alcatraces a la entrada que sonrían a la vida.

Algunas noches la calima serrana se cierne en torno a la casa, y el bochorno hace que Realidad y Soledad salgan a tomar la fresca oscura, tiniebla agradable de ausencias ya muertas. Suspiran nostalgias, viendo un pasado irisado en un cielo de manto negro.

Las noches de frío, cuando la nieve hace cordillera en la Sierra, junto a la hoguera de la chimenea, acurrucadas bajo una manta de lana de yak, leen capítulos de “Cien años de soledad” bajo una candela prendida de luz de luna.

Así pasan la noche, leyendo la memoria de los olvidados y hablando de los años cargados de recuerdos afligidos.

Una tarde, Camello, fue a beber agua del bosque de las cañas.

Shuri, sonrío, sentada está en el vaivén entre las dos jorobas

—¿Quién eres tú, libro de color mandarina? —pregunta Realidad, mientras Soledad se convierte en silencio.

—Soy una estrella caída del firmamento.

—A nadie le importa que vengas del país de las estrellas —responde Realidad, con voz de dique seco—. No te van a mirar, pasarán con indiferencia delante de tu brillo en forma de libro, y si el brillo les ciega, tienen apagadores de velas y brillos por los caminos—.

Shuri, se abre en dos brazos de hojas escritas y abraza el cuello de Camello, este, emite una caricia de ronquido dulce.

—Has sido áspera y dura con Shuri —dijo Soledad, un tanto abatida, cuando se fue el silencio.

—Tanta fantasía crea un engrase de perfume, que hace de nuestras vidas un panal de rica miel. Estrellas que vuelan entre nubes con alas de pluma de cisne, se aposentan en la belleza, y escriben devenires imaginados, guiadas por Venus para que alumbrén con luz diferente.

Las decepciones llegan y el desengaño nos deja a oscuras.

Un mundo irreal no puede vivir entre calles de tierra, ni en los tejados del mundo.

—Realidad —habla Soledad con susurro de silencio—. En la libertad de la realidad, cabe aceptar la creación de otras ideas, de las cuales la realidad se beneficia, porque el arte es la imaginación de una realidad, pudiendo convivir perfectamente en una armonía de libertad.

—No hay fantasía en las calles de los pobres —la contesta con tristeza, Realidad— viven en una rutina paupérrima en el transcurso de los días, a la luz del farol dan la espalda a la luna.

A mi padre le gustaba ir al cine del barrio, hasta que un día decidió no volver. Eran tan bellas las actrices, que le hacían daño, cuando al volver a casa se encontraba a mi madre fregando o haciendo la cena, con el pelo recogido en un moño, y el delantal salpicado de agua y grasa.

El mundo de fábula no está en las rúas de piedra, bastante tienen las rúas con solucionar la comida de los días.

Ese mundo es de los afortunados jardines, no del infeliz jardinero. De borracheras elegantes, no del pellejo a granel.

Esas luces cegadoras, que aparecen como los faros de un coche, buscadores de un limpio futuro inmediato, no son para calzadas hundidas, estrechas y sombrías.

Ese mundo no es mi realidad ni mi soledad escogida.

La niña de los ojos color vino

Nivek Rodríguez

Perú

En cierta época, vivía una familia poco numerosa. Pues, además de papá y mamá solo tenían 3 hijas, las cuales eran muy jóvenes. Ellos querían emigrar a otra ciudad por el temor que sus ellas se convirtieran en cenizas, al pie de la montaña, al igual que sus primas. Abril era la mayor, lo que más llamaba la atención de su rostro eran sus ojos color vino, un rojo intenso como la sangre. Ella quería vengarse por lo que pasó con su familia.

Juan, un doncel de las montañas, vivía con su abuelo. Nunca imaginó conocer al amor de su vida, la cual le traería consigo muerte y mucho sufrimiento.

Esta región donde vivía Abril era particular, puesto que estaba al pie de una cadena de montañas que se elevaban hasta el cielo. Ahí vivían zagales muy bellos, los cuales nunca envejecían. Muchos querían subir por aquellas inquebrantables acantilados, por medio de los bosques de eucaliptos, fríos y tenebrosos; pero no pudieron. Según cuentan que la gente

desaparecía al entrar por la neblina. Por lo tanto, papá nunca dejó ir a Abril al bosque.

La curiosidad es grande. Salir de ese lugar frígido y tan tenso, era la gloria. Yo alguna vez, también quise. Pero me arrepentí cuando vi a esos hermosos seres y recordé lo que me dijo mi abuela:

—Hombre bello en un bosque solitario, solo significa una cosa: demonio o algún espíritu maligno. Así que cierra nomás tus piernas y regresa.

La verdad era otra. De aquí a cuatro años, Abril entraría al bosque para nunca volver.

Paseando por el acantilado estaba Juan, cuando de pronto escuchó un grito de dolor, punzante y chirriante. Nunca quiso bajar de la montaña donde estaba seguro, la neblina lo impedía. La madre le dijo: «no te atrevas bajar por ahí, mi niño, solo encontrarás brujas y humanos, los cuales te abrirán el corazón para satisfacer su curiosidad». Ese día, él cometió pecado y desobedeció a las palabras sabias de su madre que en paz descansaba.

Recorriendo el bosque, Abril se cayó en una grieta. Estuvo a punto de caer al inframundo —sería fatal, puesto que solo volvería por primavera, cuando el

maligno la dejaría libre solo por tres días—, pero se agarró a la raíz de una zanahoria. No es que las zanahorias sean muy fuertes, pero aquí abajo, ellas crecen del tamaño de un perro, y generalmente se la comen las vacas.

De pronto ellos se encontrarían en los dominios del maligno, Cetes. Él se había dado cuenta que una mujer estaba a punto de caer. Pero espero. No valía la pena desperdiciar energía, más aún cuando se trataba de una joven, delgada y pequeña.

Cetes un día conoció a una mujer muy hermosa. Ella tenía los ojos más bellos del mundo. Cuando la miraba se sentía vivo, ya que reflejaban el color del carbón ardiente, un rojo intenso, muy brillante, color vino. La besó en la mejilla. No tenía fuerzas para devorarla. Le prometió todo:

—Mi señora, yo soy capaz de morir de hambre por tan solo un día besando tus labios, no sabes que esperaré mil años para esto. Otra eternidad no lo quiero».

Mientras Abril estaba chirriando de miedo, un joven apareció. Él vestía ropas extrañas. Venía de las altas montañas. Un ser inmortal. «Ayúdame, por favor»: le dijo. Él se acercó poco y dudo en ayudarla

al mirar el color de sus ojos. Pensó: «tenía razón mi madre, estos seres existen. Lo que no recuerdo es que si ese color de ojos era de humanos o brujas». Juan dudó nuevamente, pero al final decidió ayudar al amor de su vida —él no lo sabía, por supuesto—, casi se caen los dos. En eso, ella se dio cuenta que alguien en la oscuridad la miraba, sintió un aire familiar. Sin embargo, se apresuró a salir de ese embrollo y agradecer a su salvador.

Dos días después, Abril corría desesperada. Le dio tiempo para avisar a su familia que venía un enjambre de abejas gigantes, tamaño de ratones, las cuales devorarían a todos los malos, puesto que, le apetecían solo la carne humana. Papá abrió el sótano y llamó a sus hijas. Por este mismo lugar, hace tiempo su esposa volvió del subsuelo, alegre y contenta.

La muchacha desobedeció a su padre y nuevamente entró por el bosque. Así que no tuvo más opción que cerrar la puerta del sótano hasta que las abejas pasaran. Un día le bastó al enjambre de abejas acabar con esos seres pecadores. El padre salió con sus dos menores hijas y vio el pueblo hecho trizas, como si un terremoto pasara.

Abril ya se encontraba en el lugar donde su madre alguna vez estuvo. Muerta, esperaba primavera para

otra vez salir por el bosque y encontrar al joven que por miedo o rabia la soltó al abismo. Otra vez volverá por la neblina para atormentar a todo ser que baje de la montaña.

En el claro

Falco Rivera
Perú

—¿Y eso...?

Ricardo se levantó con lentitud, dejando en el suelo húmedo la escopeta de doble cañon recortado y sacó de la cartuchera del cinto los binoculares.

—¿Vieron eso?

Se llevó los binoculares a los ojos y procedió a observar el despejado y celeste cielo por encima de la línea de enormes árboles que estaban al norte y detrás del grupo que descansaba en un claro de la selva.

—Era enorme...

—¿Qué viste? Dime, ¿qué fue lo que viste?

Mariana se acercó a él mientras comprobaba que el cargador de su fusil automático, un BAR, estuviese completo. Al llegar a su lado le quitó los binoculares y miró en la misma dirección.

—Dime, Richi Boy, ¿qué fue lo que viste?

Los otros tres integrantes de la Tercera Partida Expedicionaria se apresuraron en levantar el equipo que tenían sobre el gras tropical y, también comprobando el estado de los cargadores de sus respectivas armas, se acercaron a Ricardo y Mariana.

—No veo nada, Richi querido.

—Era como un ave, muy grande.

—A ver compañero —Rodolfo sacó un catalejo de uno de los grandes bolsillos laterales de su pantalón—, ¿era como un ave o era un ave?

—Pues... Era algo con alas, pero no era un ave, definitivamente no era un ave, y era enorme.

—¿Rebeca? —Mariana le devolvió los binoculares a Ricardo—, busca algo que nos ayude en el bestiarío.

—En eso estoy, jefa, en eso estoy.

—Tan cerca y tener que toparnos ahora con algo —Arturo caminó por delante de sus compañeros, que formaban una línea casi hombro con hombro, se detuvo a unos cinco metros de ellos y amartilló su fusil FAL—. Espero que Ricardito haya tenido un bu... Em, ¿chicos?

Arturo comenzó a retroceder sin dejar de ver hacia la copa de los árboles, sobre los cuales una gran mancha de color negro se deslizaba en sentido lateral. Los demás, excepto Rebeca, también la estaban viendo.

—¿Qué hay en el bestiario?

—Jefa, no encuentro nada aquí sobre enormes criaturas voladoras, pero claro si no las hemos descubierto antes entonces —Mariana levantó la vista del compacto ejemplar que tenía en las manos— no las tendríamos... ¿qué es eso?

—Sea lo que sea mejor seguimos adelante —Mariana desplegó el mapa que llevaba en la muñeca—. Tampoco es que estemos tan cerca, Arturo, y solamente nos quedan siete horas antes que Remedios ascienda al cielo. Vamos hacia el este, allí está el Galeón, y de ahí hacia el sur, a ver si tenemos mejor suerte que la que tuvimos en el río Magdalena.

—¡Ja, ja, ja! Eso fue una locura, Mari, pero si hubiésemos sido siete, okay, ocho en vez de cinco hubiésemos pasado. Y te lo dije: más gente, más fácil.

—¿Y la repartición? Menos beneficios para cada uno, menos pun...

—¿Jefa? —Rebeca siguió hojeando el bestiario hasta detenerse en una página, observó la mancha oscura y frunció el ceño —, tal vez mejor nos vamos de aquí ahora mismo.

—¿Qué pasa, niña?

—Esa cosa de allí, son pájaros, estoy segura de que son pájaros, de lo que no estoy segura es de si son una amenaza o no, pero podría ser muy grave, digo, aquí hay algo sobre bandadas compactas que a veces son mortales, pero nada sobre un ave gigante... pero tal vez sea... Oh por Dios, no es posible, ¿entonces sí tenía alas...?

—¿Qué tenía alas, niña? —Rodolfo observaba atentamente la mancha con el catalejo— No me parecen pájaros como dices, es una cosa compacta que... que ahora viene hacia nosotros.

—Es verdad, la mancha viene hacia acá —Ricardo guardó los binoculares y levantó la escopeta—. ¿Rebeca?

—¡¡¡COORRAAN!!!

Tras el grito la chica se dio la vuelta y se dirigió a toda velocidad hacia el bosque que estaba al sur.

Los demás, cogidos por sorpresa por la acción de la muchacha, empezaron a caminar hacia atrás sin dejar de observar la mancha que ahora no era tan compacta y que se dirigía con rapidez hacia ellos. Mariana volteó la cabeza y al verlos así se detuvo.

—¡¡¡IDIOTAS, CORRAN, HACIA LOS ÁRBOLES, VIENE UN JUDÍO ERRANTE!!!

Entonces todos corrieron en la misma dirección en la que iba Rebeca, cogiendo sus equipos como podían, mirando hacia atrás de vez en vez para darse cuenta de que la bandada estaba más y más cerca mientras que el bosque tropical parecía estar más y más lejos.

—¡No es posible!

—¡¿De dónde sacas eso?!

—¡Son pájaros, no un ser híbrido, y además esas cosas no vuelan!

—¡¡¡CORRAN, COOORRAAN!!!

Rebeca entró al bosque y se detuvo pasados unos metros, se arrodilló en el suelo y procedió a ajustar la mira telescópica de su rifle de francotirador. El resto de sus amigos aún se encontraban lejos del

límite del bosque. Ricardo era el último de todos, volvió la cabeza hacia atrás para darse cuenta de que los pájaros estaban a unos cien metros de él y parecía que la velocidad de la bandada estaba aumentando. En ese momento se escuchó un espantoso alarido, tan intenso y agudo que lastimó los tímpanos de todos ellos. Mariana, tapándose una de las orejas, se detuvo y miró hacia atrás, y lo que vio en el cielo le congeló la sangre.

—Oh por Dios...

—¡¡¡JEFA, NO!!!

Rebeca no podía creerlo, la líder del grupo se había detenido y apuntaba su BAR hacia arriba, hacia algo que desde donde ella se encontraba no podía distinguir. Rodolfo entró al bosque, seguido por Arturo, ambos llegaron hasta la posición que ocupaba Rebeca y se arrodillaron apuntando sus armas hacia el claro. El horroroso alarido se volvió a escuchar, los tres acusaron un intenso dolor en los oídos, y los tres también vieron una enorme sombra que se proyectó sobre el gras que estaba en el claro.

—¿¡Qué carajos es eso!?

—¡Ya se los dije!

—¡Un Judío Errante no tiene alas!

—¡Este sí! ¡¡¡MARIANA, CARAJO, CORRE!!!

Ricardo vio la sombra descomunal deslizarse delante de él. Fue cuando dio inicio a un Padre Nuestro. Se cruzó con Mariana, que empezó a disparar hacia el cielo. Sin querer mirar hacia lo que sea que le estaba disparando su amiga escuchó un tercer y esta vez muy cercano alarido mientras recitaba en voz alta “...*hágase Señor tu voluntad...*”, alcanzó la protección de los árboles y se dirigió hacia a los otros miembros de la partida expedicionaria, cayendo exhausto en el suelo.

—¿Y Mariana?

—¡Sigue afuera disparando a...!

Escucharon un cuarto alarido, acompañado de un trueno ensordecedor. En el claro, aun disparando hacia el cielo, Mariana agotó la munición.

—La reconcha de su abuela...

Se dio la vuelta y corrió hacia los árboles mientras cambiaba el cargador del BAR. Rebeca se levantó y comenzó a caminar con celeridad hacia ella.

—¡¡¡CORRE, COJUDA, CORRE!!!

Apuntaba el rifle hacia arriba, tratando de ver entre las copas de los árboles a la cosa que estaba volando por encima de ellos. Distinguió una silueta alada, enorme, que pasó muy rápido y después todo el suelo, todo el bosque, toda la atmósfera inclusive tembló. Perdió el equilibrio y mientras intentaba recuperarlo vio que Mariana era golpeada por cientos de cosas negras que llovían del cielo, cientos de pájaros negros, muertos o moribundos, silentes, que caían sin cesar sobre la líder que seguía avanzando con lentitud mientras se cubría la cabeza y gritaba “¡NO NO NO NO NO...!” hasta que la oscura masa plumífera la envolvió por completo, ocultándola de la vista de todo su equipo, y la aplastó sin piedad contra la superficie del claro mientras que los temblores se detuvieron de forma abrupta y todo volvió a la normalidad.

—Ay, no Mariana, ay no, no, no, no...

Rebeca se levantó y corrió hacia el negro montículo bajo el cual quedó sepultada su amiga. Algunas de las aves negras se removían unas debajo de otras, entre espasmos y estertores. Los demás miembros del equipo se acercaron incrédulos al borde del bosque.

—¡Guau! —Rodolfo se acercó hasta la masa de aves negras y las tocó con la punta de su bota izquierda— Digo, ¿¡verga tíos qué fue eso!?

—¡Jo, jo, jo! —Arturo hizo lo mismo y después miró hacia el límpido cielo— No sabía que un Judío Errante pudiese hacer estas cosas. Digo, sí, lo de los pájaros y eso, ¿pero en esta magnitud, ¡y qué pueda volar!? ¿Cuándo se ha visto algo así?

—Debe ser una evolución —Ricardo estaba consultando la Guía Expedicionaria— pero aquí no aparece nada. Qué raro.

—¿Mariana? —Rebeca se sentó sobre un tronco seco—. ¿Amiga...?

«Aquí estoy. Mierda, Rebeca, ¿qué pasó?»

—Pues no creo que sea una evolución del Judío Errante, como dice Richi, eso estaría en el manual, tal vez vino con la actualización del juego, la de ayer. ¿Alguien leyó los detalles?
Todos negaron con la cabeza.

«Si los otros equipos tampoco los han leído estamos bien, creo, pero si no es así estamos hasta las huevas.»

—¿Jefa —Rodolfo se frotó las manos—, ahora qué hacemos?

«En menos de siete horas la Remedios desaparece de este mapa, y tenemos que llegar entre las cinco primeras partidas para pasar al siguiente, y si reiniciamos la misión nos la jugamos, pero nos la arriesgamos feo. Continúen sin mí.»

—¡¿QUÉ?! —dijeron todos al mismo tiempo.

«Vayan sin mí, yo puedo seguir conectada al juego, leo la actualización y les informo. Rodolfo, estás al mando. Completamos esta etapa, después los cinco al mapa de los Cronopios, uno difícil, y de ahí a la locura de la Biblioteca de Babel para ganar el campeonato. ¿Estamos de acuerdo señoritas?»

—Lo que tú digas amiga.

—Nunca en mejores manos.

—*Same map, different shit.*

—No es lo mismo sin ti en el campo, pero serás algo así como nuestra Kenobi.

«Entonces todos de pie. ¡Hacia Macondo!»

Macondo en el corazón del nevado

Rene Mayorga
El Salvador

Era un sábado del mes de septiembre, me encontraba de turista en el Nevado del Ruiz, un lugar legendario, maravilloso y encantador, con un clima agradable y de una variada vegetación.

Subir a las alturas del Nevado fue algo mágico y renovador, era descubrir las grietas del pasado arañando el presente.

Al subir al Nevado, una nube espesa de neblina lo cubrió, estaba tan oscuro que ni las manos se podían ver, de pronto se vino un terremoto y unas enormes rocas cayeron a un lado del camino, de pronto apareció un sendero de luz que supuestamente nos conducía al descenso del volcán, avancé alegre tratando de escapar por ese camino y un frío helado fue penetrando mis huesos, de pronto me encontré con un jardín mágico, iluminado por luciérnagas gigantes, mariposas fluorescentes y una variedad de flores que resplandecían aromatizando el lugar.

Poco a poco inicié el descenso, el camino tenía forma de caracol, rodeando un extenso jardín, abajo estaba una ciudad bien delineada, con sus cuadras perfectas, calles anchas, y sus casas pintadas todas del mismo color, con una ventana y un pequeño corredor a la calle, adornado por un hermoso jardín.

Cuando fui llegando a la plaza central era de noche, todos dormían y de pronto divisé tres hombres que estaban hablando bajo un gigante ceibo que embellecía el lugar, a paso lento y con cautela me fui acercando y estando a unos metros pude escuchar la conversación.

De pronto la luna comenzó a iluminar con rayos de mil colores y estando casi al descubierto me protegí en un árbol muy frondoso, al tener más visibilidad quedé asombrado de las tres personas que hablaban, eran personajes legendarios en *Cien años de Soledad*, uno era Gabriel García Márquez, el otro, Aureliano Buendía y el tercero Melquiades, el gitano.

Ellos hablaban como reconciliar a Colombia con los acuerdos de paz y uno de los caminos que propuso Gabriel era imitar el patrón de vida de Macondo, en cien años no hubo guerras ni muerte, todo lo tenían distribuido en partes iguales, por eso les bastaba

con lo necesario y vivieron cien años en paz, «el estilo de vida de Macondo es la solución», dijo José Arcadio.

«Hay que proponérselo al presidente Santos», manifestó Melquiades, al dar un paso en falso ellos me descubrieron y por arte de magia desaparecieron, de pronto un vendaval helado lleno de flores amarillas me arrastró del lugar hasta salir del corazón del nevado, un guardaparques me encontró inconsciente y al despertar de la inconsciencia de los golpes recibidos por el vendaval, desperté angustiado, gritándole a la gente que Macondo existe en el corazón del nevado.

Inspiración

Génesis García
Chile

María Catalina apagó las velas con parsimonia cuando el sol a través de las cortinas y finalmente pudo despedir al último cliente de la noche. A través de las hojas abiertas se colaban los efluvios del río y el olor de las rosas con las que Lotario Thugut ordenaba decorar los cuartos. El telegrafista alemán afirmaba que el olor sensual y pesado de las flores del jardín animaba al amor y hacía florecer la pasión... acortando así los tiempos del servicio y aumentando la cantidad de clientes que podían recibir sus muchachas. La muchacha suspiró mientras se lavaba con el agua fresca de la jofaina. Solo un hombre como él podría convertir una noción tan romántica en un asunto comercial, pensó, secando su piel con un fresco paño de lino.

Estaba agotada, pero se negaba a dormir aún. Él no la visitó la noche anterior y la sombra de la duda volvía esquivo al sueño. Florentino Ariza fue el primer cliente que habló con ella. El joven, de aspecto lúgubre y sombrío, demostró ser un hábil amante y Catalina disfrutaba genuinamente de sus visitas. Era cuidadoso y gentil, incansable y apasionado,

pero, siempre preocupado por su placer y su disfrute, lo que lo convertía en una rareza absoluta en el ejercicio de su profesión, casi como una criatura mitológica. Sin embargo, no eran sus capacidades amoratorias las que más disfrutaba la joven. Catalina estaba enamorada de su voz, de la pasión con la que declamaba sus poemas, del brillo en sus ojos cuando hablaba de su adorada Fermina, y de la forma en que parecía disfrutar del sabor de su nombre en su boca.

Se enamoró del amor que él le mostró, un amor profundo y absoluto que, para alguien como ella, no era más que una fantasía. Un milagro inalcanzable... después de todo, ¿quién amaría de esa forma feroz e incondicional a una puta de puerto? Ese tipo de amor estaba reservado para elegantes señoritas de familia y jóvenes galantes que las cortejarían castamente hasta recibir la bendición de Dios para coger como conejos y echar al mundo una docena de hijos tan elegantes y galantes como sus padres. En el destino de mujeres como Catalina no estaba escrito ese destino y la muchacha lo sabía. Invadida por la dulce nostalgia de los resignados, se acodó en la ventana para ver el amanecer.

El puerto bullía de actividad: los estibadores cargaban y descargaban las embarcaciones que atracaban

en los muelles mientras que los pescadores preparaban sus mercancías para la venta del día y las criadas de las familias poderosas visitaban los primeros puestos del mercado en busca de los mejores ingredientes para la mesa de sus amos. El puerto era un hervidero de actividad humana y eso era lo que más le gustaba a María Catalina de vivir junto al río. Le gustaba ver a la gente pasar, soñando con un día salir de ahí y dejar atrás los años de servidumbre y trabajo que la hacían sentir como una anciana, pese a que aún no alcanzaba las veinte primaveras.

Recorrió el puerto con la mirada, jugando con los flecos de su chal cuando lo vio. Era uno de esos muchachos que a veces visitaba la casa, acompañando a sus amigotes, pero, ella nunca lo vio entrar a ninguna habitación. Él permanecía siempre en su mesa, con un vaso de ron casi sin tocar y el sombrero entre las manos, mirando a su alrededor con ojos tristes. Sus ojos se encontraron y Catalina alzó una ceja, sorprendida al ver como enrojecía hasta las orejas. La muchacha sonrió, enternecida y él cogió una caja con prisas, llevándola al barco como alma que lleva el diablo. Esa noche, Florentino no acudió a su encuentro, pero, sí se encontró con el mocito del puerto. El muchacho la observaba de lejos con la cara en llamas y los ojos brillantes de expectación. Catalina, conmovida, se acercó a su mesa y dejó un vaso de ron frente a él.

—Hola, cariño. ¿Quieres beber algo conmigo? ¿O prefieres subir a mi cuarto? Estoy disponible...
—ofreció, sonriéndole.

El muchacho se encogió en su lugar, como si quisiera desaparecer, pero, el brillo ansioso de sus ojos hablaba de anhelo, deseo y desesperación. La joven se preguntó si no sería virgen. Eso explicaría mucho. Él lo pensó por unos momentos; debatiéndose en una batalla interna que no pasó desapercibida para Catalina. Cuando finalmente alzó sus ojos hacia ella, toda su seguridad desapareció, ahogada en la férrea y fiera determinación en los ojos del muchacho. Sus pupilas hablaban de amor, de un amor desesperado y desgarrador, un amor capaz de remecerle el mundo y destruir los pilares de su existencia misma. Por un segundo quiso huir. Ella sabía muy bien quién era: era una puta y a las putas no las ama nadie. Pero, al mismo tiempo, nació en su corazón un deseo y un anhelo feroz de experimentar, al menos por un momento lo que se sentía ser amada por un hombre.

—Vamos —le dijo y Catalina asintió, guiándolo con las piernas temblorosas y el corazón acelerado.

El muchachito tímido desapareció como por arte de magia y en cambio, apareció un hombre formidable

cuya aura parecía palpable a su alrededor. Catalina pensó que podía alargar una mano y tocarla, envolverse en ella. Algo en su postura, en el tono de su voz, en sus ojos llenos de fuego la hacía desear agachar la mirada, hacerse pequeña ante él, pero, a diferencia ocasiones anteriores, la muchacha no sentía miedo. Traspasaron las puertas del cuarto y él se quitó el sombrero, dejándolo con cuidado sobre la mesita de noche. Luego, se giró hacia ella con una pequeña sonrisa, luciendo de nuevo como el muchachito tímido de la mañana. Catalina decidió tomar la iniciativa y comenzó a quitarse la blusa, pero, él la detuvo con un gesto.

—Por favor —pidió, acercándose lentamente. Cogió sus muñecas con delicadeza, un toque tan sutil que la estremeció hasta lo más profundo del alma y la sentó en la orilla de la cama.

Los ojos expectantes de Catalina observaron el gesto lento con el que sacó un pequeño sobre del bolsillo de su chaqueta y lo abrió despacio, mirándola con aprensión un segundo antes de comenzar a leer con voz temblorosa un poema que reconoció de inmediato como obra de Florentino. En ese momento recordó el negocio que él hacía con su amor no correspondido, vendiendo poemas y sonetos en los

portales y sonrió emocionada, experimentando por primera vez un placer que iba más allá del físico: el placer de saberse la inspiración del poeta de sus sueños.

El día en que conocí al Caimán de Sanare

Carlos Jiménez
Venezuela

Cuento esta historia para todos los honrados, los virtuosos, los que creen en este mundo y en el otro, aunque también para los incrédulos, desconfiados y maliciosos, he aquí mi testimonio verídico del día en que José Humberto Castillo o tal vez José Alberto, ese cultor popular, juglar, creador y contador de historias, entraría como protagonista y para siempre en las leyendas eternas de nuestro pueblo. Aquel personaje que en sus propias palabras fue: “escobero, comerciante, compraba huevos por to’ esos caseríos, campesino y siempre cargaba una sinfonía. Echaba cuentos inventaos, tocaba la sinfonía y me daban comía por eso”, fue un día, en que se abrieron las puertas del cielo y él entró en la auténtica realidad, aquella que es para siempre, la que una vez que se inicia nunca se termina, pues en ella nada se aniquila, nada perece, esa realidad es cuando el tiempo ya no fluye, sino que se estanca y es perenne, el pasado el presente y el futuro se convierten en una misma cosa, pues es para siempre. Allí en un mismo espacio concurren todas las personas y

todas las cosas, todo lo que existe, lo que alguna vez existió y todo lo que alguna vez existirá, allí se llega solamente cuando se abren las puertas del cielo y solo aquellos que son llamados, pueden ser invitados a verla o a entrar, esa es una realidad que no se puede ver con los ojos del cuerpo, sino únicamente con los ojos del alma. Esa fue la primera vez que lo vi, no me lo contaron, fui testigo, recuerdo cuando aquel varón subió a una tarima improvisada, alto, titánico, de huesos fuertes, de cara larga, nariz ancha, bigote y pelo negro abundante y enmarañado, la barba y las canas vendrían después, en su rostro había una sonrisa permanente donde brillaban unos ojos vivaces de color negro parapara, con la luz del hombre inteligente que manaba de sus pupilas, su cuerpo proyectaba una personalidad fuerte que trasciende lo mágico, lo grandioso, y lo épico, una risa sonora y fuerte con la desmesura tan propia de su carácter.

Era un viernes de julio, el pueblo estaba engalanado por las fiestas patronales, había un programa muy variado: toros coleados, baile en el Club Deportivo con los “Titanes de Ritmo”, picoteo en el Centro Cultural Unión, palo encebado, carreras de sacos y de cintas, el carrusel, con el viaje a la luna, los carritos chocones, caballitos de madera que subían y bajaban imitando el galope en las plataformas

giratorias. Los aviones, trineos y las pipas que daban vueltas. También una mini montaña rusa con fuertes caídas y curvas angulosas. Peleas de gallos, lotería de animalitos, bingos, ruletas, juegos de dados, tiro al blanco. Ese año como novedad el cura había organizado un “concurso de comelones”, sobre la plataforma de un camión Ford 750, colocaron un largo mesón, había cuatro o cinco concursantes distribuidos a todo lo largo de esa superficie, frente a cada uno de ellos un enorme plato con dos o tres raciones de espaguetis en salsa boloñesa con un doble servicio de queso, unos trozos enormes de pan de trigo y un tobo lleno de Pepsi cola, el concurso consistía en determinar quién vaciaba aquel plato y la bebida en el menor tiempo posible, esto sin usar las manos pues estaban amarradas en la espalda. Había un competidor que descollaba, vestido con pantalón de caqui, camisa a cuadros manga larga, sombrero de cogollo y palpitando humanidad. Viéndolo sobre esa tribuna, parecía una persona normal y corriente, un campesino cualquiera, muy lejos estaba el pueblo de saber que aquel prodigio era la magia personificada, mágico era su espíritu y sorprendente su humanidad, así nació, no lo estudio, se le dio como un don del cielo como una gracia. Si no fuera por su tamaño, cualquiera hubiera podido pensar que era uno de esos duendes, uno de esos seres encantados, que abundan en El Blanquito, en

Barro Negro, o en Fila Rica, él estaba investido de esa complejidad maravillosa que convierte al individuo, en mucho más de la suma, de lo que es ser un hombre, que piensa y que habla, o que razona y que crea, él era un juglar eterno de los que siente y que sueña, de los que narra y transforma. En la multitud, como espectadores, había gente del Cerrito, del Barrio Arriba, de San Isidro, de La Loma, loceras de Yay, hacheros de Guache y Quebrada Honda, arrieros de Sabana Redonda, criadores de chivos de Palo Verde, sembradores de papas de Sabana Grande, de Versailles, de Tintinal, repolleros de Bojó y de Monte Carmelo, cafetaleros de Caspo, de Guapa, de Chamiza, de La Cruz, de Las Virtudes, del Naranjal, sembradores de caraotas, de chicharos y cambures de todo Yacambú, de Las Quebraditas, de Villorín y de Londres, hechiceros de Nuezalito y de la Escalera, de Miracuy y del Guaical. En el ambiente había un presagio, se sentía algo denso que invitaba a contemplar lo bueno y nuevo que había de suceder, se notaba una presencia amorosa de la naturaleza, como una teofanía de las que ocurren a diario, pero que los seres humanos en su ceguera nos negamos a ver, allí había bandadas de pájaros alborotados, azulejos, amarillitos, turpiales, arrendajos, cardenalitos, torditos, que estaban animosos, en los árboles de la plaza, hiperactivos saltando de rama en rama. Las margaritas, las calas, las hortens-

sias, los claveles, los geranios, adornaban con altives esos jardines. Era un día poco nuboso, bastante claro, cuando de pronto una nube brillante se fue formando y empezó a cubrir todo ese ámbito, se sintió una fuerza especial que venía de lo alto y que llenaba toda el área de reunión, la nube que nos cubría a todos, empezó a rasgarse, y aquel concursante que destacaba en aquella tarima improvisada en ese camión estacionado al costado de la iglesia, se distinguía del resto de participantes, porque su cuerpo estaba rodeado por un halo luminoso, que lo diferenciaba del resto de los mortales, ese día él, se hizo eterno, pues, entro en la única y auténtica realidad... ¿Quién que lo haya visto podría olvidarlo? Allí cuando sonó la campana que indicaba que empezaba a correr el tiempo del concurso, José Humberto Castillo abrió con desmesura su boca y engullo todo el contenido de aquel enorme plato de pasta en tres o cuatro bocados y tomo el tobo lleno de Pepsi cola, sorbiéndola ruidosamente como lo haría un sediento peregrino que acaba de cruzar un árido desierto, él había terminado cuando los demás concursantes apenas habían comenzado: “tardé mucho porque no tenía hambre, porque ya había comido”, dijo él.

Fue aquel día cuando para la población, se mezcló lo de adentro con lo que está afuera, allí nos

percatamos de cuál era la fuente de donde manan todas las maravillas que veíamos, los prodigios que él hacía, las majestades que sentía, a partir de ese día, y ya para siempre, cuando se abrió el cielo y este mundo se unió con el otro, formando una sola y única realidad, fue cuando se mezcló lo etéreo, lo sutil, y delicado de la creación, todo eso que está por fuera, y se fundió con la complicada, embrollada e intrincada espesura, que los pensamientos circulares de nuestra condición humana, van formando y modelando con todo lo que tenemos por dentro, no fue que cambió el mundo externo, lo que cambió fue la forma como en aquella multitud, veíamos a aquel concursante, varió la forma de verlo, de mirarlo, de contemplarlo. Desde ese día ya no sería José Humberto Castillo o tal vez José Alberto, sino que transfiguro y se convirtió ya para siempre, en el Caimán de Sanare.

Mi chato, mi ángel guardián

Vangi GarVi
México

Me gustaría abrir mi relato diciendo que, a pesar de que soy católica, no me considero una persona religiosa como tal. Me he vuelto, lo que se puede decir, una escéptica del sistema. Sin embargo, hace unos cuantos años, un ángel guardián llegó a mí cuando más lo necesitaba. Estoy hablando de mi perro bóxer, Máx, un angelito que el cielo envió para mí cuando más lo necesitaba. Él me ayudó a recobrar mi amor por el deporte, me cuidó en mis días de eterna soledad y tristeza, pero sobre todo, me mostró día con día, por nueve años seguidos, lo que es el amor incondicional. Aún a pesar de que me tuve que separar de él porque me mudé de ciudad, él siempre estuvo ahí para mí, para regalarme una caricia a mi corazón.

El día 25 de noviembre de este año, mi dulce chato perdió la batalla contra la epilepsia canina. Hoy, luego de cuatro días de llorar, entendí el porqué estos seres tan maravillosos viven tan poco. Es porque ellos vienen con una misión de vida, de divertirnos,

de amarnos, pero también para enseñarnos a soltar y dejar ir, aunque nos duela en el alma, como es mi caso.

Chato, si estás en algún lugar leyendo esto, quiero decirte que te amo, que jamás te voy a olvidar y que agradezco con el corazón el tiempo que me regalaste. Sé que ahora estás en el cielo perruno, corriendo y pasándola bien padre en espera de volvernos a ver. Ahora, además de mi ángel terrenal, ya eres mi ángel en el cielo.

Te amo, Chato. Te dejo ir. Hasta que nos volvamos a ver.

Naufragio

Ichabod Kag
México

Lo encontramos al quinto día de caminata. A pesar de mis pies ampollados y de mis extremidades tatuadas de arañazos y picaduras, me abrí paso a mano desnuda entre la maleza selvática que todavía osaba interponerse entre nosotros y la tan ansiada señal.

—Mejor usa el machete. Algunas de estas plantas producen urticaria —me advirtió mi acompañante.

Lo ignoré con premeditación, moviendo mi cuerpo tapizado ya de ronchas sobre ronchas hacia la inverosímil estructura frente a nosotros y que tantas veces me había eludido en sueños fustigados por extrañas fiebres.

Me detuve a un par de metros y me rasqué insistentemente el brazo. El tupido follaje se abría lo suficiente como para permitir un vistazo general a la inmensa mole de madera que otrora fuese un barco y ahora luciera más bien como un esqueleto a medio digerir, con huecos tan grandes en el casco que permitían distinguir con claridad las cubiertas

al interior. Las ramas y el follaje lo abrazaban ya por la popa y la proa, sin atreverse a fundirse con él por completo.

—Creí que jamás daríamos con él —exclamé, quitando de mis ojos una molesta nube de mosquitos diminutos.

—Ya te había advertido que buscar algo así en la selva es como querer hallar un alfiler entre la paja —mi acompañante me alcanzó un nuevo tubo de unguento.

Tenía razón. Aun siendo tan gigantesca la embarcación, los árboles alrededor la superaban y la cubrían como las cúpulas a las catedrales, vitrales vivos que insinuaban el paso de tiempo con una lluvia de verde. Las hiedras ya se habían encaprichado con las vigas y los pitones, en su somnolencia, hacían crujir los mástiles.

Nuestro objetivo, sin embargo, no era el barco.

—Hay quienes dicen que los españoles vieron la selva tan tupida que la creyeron un mar navegable —habló mi compañero—. Otros dicen que...

—No me importa si el barco mismo nació de los árboles —interrumpí, drenada mi euforia por los mosquitos—. El hecho de que exista, de que esté aquí, significa que el pueblo está cerca.

—A menos que el barco mismo sea un fantasma, un espejismo de la misma selva para engañarnos. He oído de pueblos que crean sus propios espíritus para habitarlos...

—¡No me interesan esas historias para niños! —sentencié y, de inmediato, reanudamos la marcha trazando una espiral cada vez más grande, la técnica sugerida para quienes se pierden en los bosques. Si bien ya habíamos lidiado durante casi una semana con muros de ramas y hojas tan sólidos como la piedra y con insectos tan grandes como la palma de la mano, ahora el avance resultó más penoso. Por momentos el follaje nos sumergía en una oscuridad abisal y las raíces se nos enredaban en las piernas y las rodillas como si buscaran derribarnos. Mi acompañante sugirió que la selva buscaba evitar que descubriésemos sus secretos.

—Solo piénsalo —decía—. Borró a ese pueblo del mapa hace años por una buena razón. Nos va a convertir en fantasmas si continuamos.

Nos dimos cuenta del tiempo por el cansancio que ya anquilosaba nuestras rodillas y voluntades. Como al final de las anteriores jornadas, colgamos nuestras bolsas de dormir en ramas gruesas y nos encerramos dentro de ellas a la manera de las orugas en sus capullos. Una precaución necesaria para evitar que el follaje nos engullera o que los ejércitos de hormigas nos tomaran prisioneros. Muchos viajeros habían caído así y muy probablemente estuvieran bajo nosotros, hechos nudo junto con las raíces.

Aquella noche dormí el sueño de los afiebrados, como si las imágenes en mi cabeza no fueran mías, y desperté con un acusado dolor en la espalda. En cuanto salí del capullo-bolsa me di cuenta de que ambos yacíamos sobre el húmedo suelo. Mi guía ya había salido de su crisálida y contemplaba alrededor con asombro. Poco tiempo me llevó compartir con él tal estado y es que, a pesar de lo tupido del follaje bajo nuestros pies, distinguíamos con claridad las vías de un ferrocarril.

—Este no es el sitio dónde nos fuimos a dormir ayer —observé, señalando los muros a medio derrumbar que nos rodeaban.

—Este es el pueblo —las palabras de mi acompañante, pesadas por tanto asombro, se arrastraron por las viejas calles.

En nuestra caminata no sabíamos a ciencia cierta si pisábamos veredas, dormitorios, patios o selva virgen. Nos asomábamos en cada grieta, en cada puerta desvencijada, en cada ventana mal tapiada y los rayos del sol verde aparecían a nuestros ojos jugando a transformarse: a veces eran un anciano junto a árbol, a veces un enjambre de mariposas, a veces muchos hombres que eran uno solo.

—¿Todavía quieres buscar aquella casa? —preguntó mi acompañante sin saciarse de tanta maravilla.

Yo asentí y su pregunta me recordó el motivo por el cual había arriesgado tanto: el cuantioso tesoro jamás hallado y cuya ubicación precisa ya había descifrado por relatos de terceros.

La noche nos había caído como una araña cuando, entre voces y pregones de fiesta atrapados en los adobes, di con la casa. Aún con el portón vuelto astillas y las ventanas desaparecidas, era la construcción más entera de todo aquel pueblo y podría decirse que sus dueños no eran sino negligentes que se había ido a la iglesia sin barrer y que volverían de un momento a otro. Avanzamos, pero mi acompañante se detuvo en el umbral.

—Yo mejor no entro —exclamó con el terror encarnado en los ojos—. Las memorias de los muertos pululan en el suelo como gusanos y, si las pisamos, nos arrastrarán con ellos.

—Espérame, entonces —le dije. No tenía tiempo para discutir por lo de siempre—. Vuelvo enseguida.

Avancé por la casa como si la conociera de siempre y, en cierta forma, así era. Los murmullos y los aromas a flores y a arroz recién hecho me acompañaron hasta que di con una bodega repleta de pescaditos dorados nadando entre redomas quebradas y alambiques retorcidos.

—Por fin —exclamé en un susurro, asustado de mi propia voz profana en tan sagrado lugar. Saqué una pala pequeña de mi equipo y excavé en una esquina concreta de la habitación. Transcurrieron horas en compañía de pisadas y ronquidos que ya no pertenecían a nadie hasta que di con una bolsa tintineante y colmada.

Con éxtasis infantil alcé el tesoro que me había atormentado desde mis primeras lecturas y lo contemplé a una luz imaginaria. Aun no terminaba de imaginar qué haría con él cuando escuché un ruido

seco a poca distancia. Apreté el saco con mis manos cubiertas de ampollas y sudor mientras clavaba la vista en la puerta. Unos perros ladraron en la distancia. ¿Qué hacían animales así abandonados en la selva? Antes de que hallar la respuesta, una figura oscurecida apareció en el umbral.

—¿Estás con los alzados? —me preguntó con acento golpeado y, a pesar de ser poco más que una silueta, la forma de un rifle era distinguible en sus manos.

—Perdón... yo no quería entrar sin permiso... pensé que ya nadie vivía aquí... —farfullé, aferrándome al costal de oro como los náufragos a sus tablas. —¡No quieras hacerme pendejo! Ya nos chingamos a tu amigo. Ahora vas tú —gritó y me apuntó en el cañón.

—¡Espere! —alcé una mano y ya me disponía a contarle mi propia historia cuando sentí la bala atravesarme la piel, las tripas, los huesos.

“¿Cuáles alzados?” me pregunté mientras contemplaba, incrédulo, los borbotones oscurecidos escapándose del cuerpo para ir a estancarse en el mismo agujero que había estado excavando. “¿Por qué hay tantos gritos?, ¿por qué hay tantos disparos?”.

Me desplomé sobre la bolsa de oro y las monedas también huyeron de la única forma en que saben hacerlo. La sombra en el umbral ya se había ido, ansiosa de retomar su vida fantasma. “¿A qué venía yo aquí?” Me sentía pesado y ligero al mismo tiempo. Y ahí, en la onírica antesala del último sueño, el nombre del pueblo resonó en las ruinas de mis entrañas...

Monstruos en la pared

Sandra Santos
México

Está lloviendo y esto me hace recordar aquellas tardes en las que cuando niña llovía en casa de la abuela, sentía pavor cuando aparecían las monstruosas sombras en la pared por el efecto de las velas «¿Qué es eso abuela?», le preguntaba. «Tus malos pensamientos», me respondía.

La casa de la abuela era muy grande, se dividía en dos hemisferios separados por un patio central en donde los niños jugábamos a las correteadas, a andar en bicicleta o a la rueda de San Miguel; del lado izquierdo se encontraba el baño, el cuarto de las mujeres seguido por el suyo, el cual compartía con el abuelo, solo que ambos dormían en camas separadas, seguía la sala y al final del corredor, la cocina.

La separación entre el corredor y el patio era un macetero repleto de malas madres, enredaderas, sapos y cactus que también había en la familia de la abuela. En el otro hemisferio de la casa, las cosas se ponían más interesantes. Ahí, moraba el reino animal al cual se podía introducir mediante un cuarto vacío en el que solo había una puerta que, al

cruzarla, el silencio ensordecedor de la casa desaparecía, haciéndose presentes los gruñidos, graznidos, balidos y mugidos.

Una noche, mientras acostada en la cama había contado borregos, vacas y gallos sin conseguir pegar el ojo, decidí cruzar para ver cómo era la noche para *los otros*, me levanté sigilosamente, crucé el patio, entré al cuarto vacío y me introduje en el laberinto del mundo animal, tenía prohibido llegar al fondo porque ahí se encontraba al ser más temerario de todos, nunca lo había visto, esta era mi oportunidad de descubrir por fin cómo era. Los animales dormían y el viento descansaba del ajetreo de la vida, caminé por los angostos corredores, hasta llegar al final en donde estaba el corral, entonces lo vi.

Estaba parado con la cabeza metida en una salvilla, la luz de la luna solo dejaba ver su rabo quieto, quise acercarme un poco más para verlo mejor, pero tuve el desatino de dar un paso sobre el zacate. Al momento de romper con el silencio, el toro sacó rápidamente su cabeza, era él, o mejor dicho, eran ellos, todos los ojos envueltos en unos solos, eran los ojos de mi abuelo que había muerto de tristeza al no poder conocer el mar, los del hombre que abandonó a mi madre antes de que yo naciera y al que conocía en ese momento solo en fotografías,

también vi los ojos de mi hermano, solitario desde que nació, porque el día en el que llegó al mundo una fiesta patronal se celebraba y los doctores fueron a ver cómo brillaban en el cielo las luces de los cohetes dejándolo que solo se cortara el cordón umbilical, solo se limpiara y solo creciera, los de mi único tío, que en un futuro vería cómo su esposa se desangraría tras perder al niño que llevaría en su vientre, vi los ojos de todos los hombres que yo sabía habían sido desdichados, a los que muchas veces les reclamé su ausencia, su muerte o su dolor.

El toro con cabeza de humano dudó de lo que estaba viendo también ¿Qué habrá visto en mí? ¿Qué lo hizo trastabillar por un segundo para después de habernos visto considerara correr a toda velocidad por el laberinto para alcanzarme? ¿Qué quería de mí? Entonces emprendí el escape, sentí que no llegaría jamás a la puerta, escuché la voz de mi tío. Me gritaba ¡corre!, lo hice tan rápido que de un momento a otro mis manos tomaban impulso con el piso mientras mis pies daban un salto enorme, tal como lo hacen los monos, lo hice tan rápido que no me di cuenta en qué momento comencé a volar, podía ver la gran casa hacerse cada vez más pequeña, perdiéndose entre las luces de todas las demás casas del pueblo que al dormir dejan una luz encendida para ahuyentar a los ladrones, era como si el cielo se

hubiera volteado, yo volaba sobre la tierra, salí del globo terráqueo hasta que una luz me vislumbró, era el sol que entraba por la ventana.

Estaba amaneciendo, los gallos cantaban...

La luz...

Se fue la luz aquí. Hay oscuridad por dentro y por fuera, enciendo una cera, y un monstruo me acecha, deben ser mis malos pensamientos. Ahora recuerdo el método de la abuela para hacer que los focos volvieran a encenderse. Escucho sus indicaciones: ¡Llama a la luz! «Luz, luz, luz». ¡Más fuerte! «¡Luz, luz, luz, luz, luz!».

Los focos se han encendido.

Universo
Vargas
Llosa

María

Javier Arturo Huamán Quepui
Perú

—Sola quiero estar, sola, sin que nadie me moleste.
—musitó cuando vio el amanecer.

Camino al baño, cada paso era paquidérmico; los ojos se le cerraban a pesar del esfuerzo por mantenerlos abiertos; pues los efectos de los sedantes que tomaba por las noches aún recorrían sus venas. El agua fría batallaba para abrir sus ojos, sus labios como flor se abrían lentamente.

Se acomodó el pirsin, sintiendo una sensación extraña cuando el metal penetraba sus fosas nasales. Su café le sabía horrible, escupió media taza para luego agarrar su mochila e irse sin despedirse. Afuera la ciudad con su monotonía y parquedad la esperaban para abrazarla.

Ese día tenía cita con su médico, y en la sala de espera, recostada sobre las columnas, sentía el fio de las paredes que invadían su falda colegial. Mientras rumiaba un chicle, miraba a los demás pacientes y les hacía tenebrosas muecas. Escupió el chicle, este cayó sobre la mesa de centro. Aburrida y malgenia-

da, sin respetar que había paciente adentro con el Doctor, fue y tocó varias veces la puerta del consultorio.

—¡Ya pues, oiga matasanos! ¿Qué tanto se demora? ¡No se ha dado cuenta que hay un montón de locos por atender! —gritó, mientras miraba el imperio del color blanco en todo ese lugar.

Cuando estuvo frente al médico, y este le preguntaba sobre cómo iban sus relaciones sociales en la escuela, ella no respondía. Luego le hablaba de la importancia de la empatía, ella simplemente no le hacía caso; más se distraía con los juguetes y cartulinas con mensajes que adornaban el consultorio. De pronto, lo miró —con sus ojos dilatados— y dijo:

—¡Estas son pavadas! ¿De verdad cree que la gente se va a sanar por el simple hecho de escucharlo y leer estos mensajes “motivadores” colgados en todo el local? Hágame el favor Doctor... ¡A mí no me cura nadie, ni Sigmund Freud! ¡Esto es una pérdida de tiempo! Se levantó de su asiento, y se fue tirando un portazo.

Al salir vio pacientes que esperaban su turno, se detuvo para decirles algo que escuchó en una película:

«¿Y si todo esto es lo único que tenemos?». Como si la sombra de la resignación invadiera a todos, agacharon la cabeza, e inclusive una mujer de los nervios se fue corriendo por las escaleras.

En el autobús de regreso a su casa, se puso unos lentes oscuros. Una señora de la tercera edad buscaba asiento, pero ella se hizo la dormida. El carro frenaba a cada rato, y el claxon era usado por el chofer de manera desesperante. Sentía que todo eso le daba vértigo. No aguantó más y se bajó del carro, gritando:

—¡Sarta de ineficientes, brutos, cacas de perro!

—¡Mierda!, sí, es mierda de perro lo que he pisado —dijo, maldiciendo a todos los vecinos del condominio. Un gracioso perrito pequinés que pasaba por allí, al verla le tuvo miedo y se escondió detrás de las piernas de su dueño —un muchacho que estaba ensimismado con los juegos de su celular—.

—¿No te parece ridículo. ¡Tú! tan manganzón andando con un perrito que cabe en la palma de tu mano? ¡Ah!... Fuera de mi vista, ¡idiota! —exclamó, mientras tomaba las escaleras que la llevaban a su casa.

—¿Cómo te fue con el doctor, hijita linda? —preguntó mamá. Hubo un silencio sepulcral. Pero la señora con su voz de cuculí, le avisó:

—Cariño, te he preparado para almorzar, patita con maní ¿te gusta corazón?

—Te sale asqueroso. —dijo ella mientras se desvestía lentamente. Se puso un camisón transparente, de muy finitos hilos color turquesa, casi imperceptible. Frente al gran espejo, veía su creciente anatomía. Abrió la ventana de su cuarto, donde se veía el jardín con un árbol grande con cierta forma fálica. Concentrada y abierta a los regalos de la naturaleza, sentía las caricias del viento tibio del otoño. Semidesnuda se ponía a contar las hojas que caían del árbol y pensaba «a veces quisiera ser una de ellas; sí, una simple hoja, para que nadie en el mundo me moleste.».

—Cariño, ya está listo el almuerzo, ¡apúrate pedacito del cielo! que tienes que ir a tus clases de ballet y recuerda que de allí nos vamos al funeral de mi cuñado—. Mamá hablaba desde la cocina sin encontrar respuesta.

—¡Vamos mi niña, apúrate mi amor! —insistió la madre, para luego empezar a lamentarse: ¡Pero

qué estaremos pagando, por qué tanta mala suerte!
¡Otra viuda en la familia! Primero yo, ahora mi her-
mana ¡Santos Cielos!

Con resignación la hija cerró la ventana y pensó:
«carajo, siempre lo mismo, nunca podré». Suspiró
tan fuerte que movió las transparentes cortinas;
frente al espejo se dio cuenta que su busto derecho
era más grande que el otro, pero ambos perfectos.
Quería seguir ese viaje privado y exploratorio, pues
estaba tan concentrada que podía escuchar el leve
roce del choque de sus rodillas despojándose de
su última prenda que caía limpia al suelo; pero la
voz chillona de su madre que la llamaba, la des-
concentraba. «Ya no me importa, es el momento»
se dijo y como las hojas primaverales se abrió. Un
gemido ansioso se escuchó, para luego dar paso a
un progresivo y sonante jadeo que invadió toda la
casa, al ritmo de un galope de una potranca, libre.
La unión de las dos letras “a” y “h”, se convirtieron
en una retahíla de un sonido alargado y primerizo,
que asustó a su madre. Esta al abrir la puerta del
dormitorio encontró una gruta que destilaba aquel
manantial tan deseado; en la parte superior un
Polifemo vigilante era sometido por unas tenazas
húmedas que después de desordenar el monte de
Venus, ahora iban en busca de sus montes redondos
y perfectos, no sin antes sutilmente dejar la miel por
esas subidas y bajadas de aquel cuerpo arqueado.

Triunfante, sonrió, ya no se acordaba cuando fue la última vez. Su cuerpo era nuevo, manchado, alegre, sucio y no profano. Su inocencia cogía las maletas para irse para siempre del cuerpo de María.

Revista Ficcionales
Año 4 - Número 7
Enero 2024